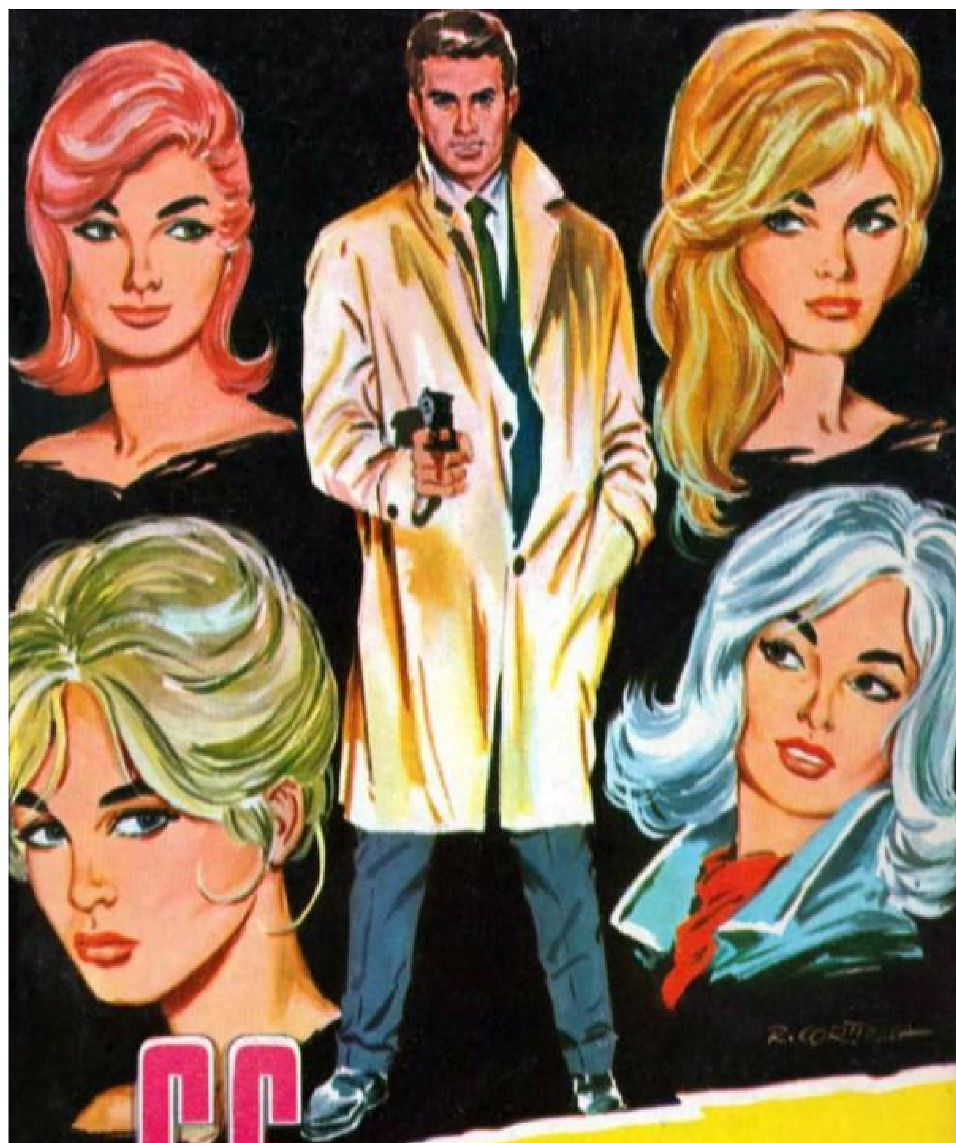


S.S

SERVICIO SECRETO

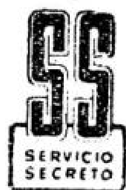
DONALD CURTIS

LA MUERTE SE VISTE DE SEDA

DONALD CURTIS

La muerte se viste de seda

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 9.674 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. R. 3327/60

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
579. — Hijo de la venganza. 626. — Destinos de violencia. 652. — Guantes negros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
506. — Morir es complicado. 512. — Ejecución. 515. — Enigma para Sally.

En Colección BUFALO:
330. — Pasó un forastero. 346. — Gatillo. 465. Centauros negros.

En Colección PANTERA:
8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho perdición. 43. — Destino: muerte.

En Colección TEXAS:
176. — Es mi venganza. 192. — La muerte llegó con él. 205. — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:
181. — El "Colt" dicta sentencia. 188. — El odio tiene raíces. 199. — El exterminador.

En Colección COLORADO:
22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe. 128. — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:
7. — Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:
43. — El hombre de "Vado Muerto". 57. — El hombre de Luisiana. 64. — Guerreras azules.

LA MUERTE SE VISTE DE SEDA

POR DONALD CURTIS



Capítulo Primero
DEMANDA DE DIVORCIO

Roy Pearson dio varias vueltas a la papeleta impresa que acababan de entregarle. Era una citación. Y según rezaba allí, para presentarse ante el honorable juez Markham, para un acto de conciliación con su esposa.

Roy no tenía motivo alguno para reconciliarse con Milly. En primer lugar, porque ni siquiera había existido disgusto previo entre ellos. Al parecer, ella no era de la misma opinión. Y el motivo de la citación, estaba allí consignado con total claridad.

Divorcio...

Milly había presentado demanda de divorcio. Las razones eran tan confusas como elocuentes en su referencia: «crueldad mental».

¡Al diablo con Milly y su demanda de divorcio! Roy arrugó la citación, arrojándola con precisa puntería al cesto de los papeles. ¿Desde cuándo era él un tipo capaz de «crueldades mentales» con Milly o con cualquier otra persona? Era absurdo, grotesco y falto del mínimo sentido común que exigía una cosa así.

Y sin embargo, allí estaba la papeleta judicial. Y la demanda en curso. ¿Qué mosca le había picado a Milly para hacer tal cosa? Él no era un mal chico. No faltaba jamás a las horas habituales, excepto cuando la tarea cotidiana exigía un esfuerzo especial, o había un estreno imprevisto, un ensayo general o la llegada de una nueva «estrella» al aeropuerto o a los

muelles de la ciudad.

Desde que se casó, había dejado su afición a las chicas rubias y pelirrojas, para atender a la morenita Milly, la única chica que de verdad le había inspirado deseos matrimoniales, a pesar de que estuvo convencido durante diez años de los veinticinco que tenía al casarse, de que las morenas no le gustaban en absoluto.

Cenaba en casa de modo casi invariable, no faltaba a descansar en ella, jamás traía *rouge* en el pañuelo, en el cuello de la camisa o en la mejilla, a pesar de que esto suponía un auténtico esfuerzo de titanes, con chicas tan impulsivas como las que él se veía obligado a tratar en su condición de agente de espectáculos. Solo Dios sabía la cantidad de pañuelos y de camisas idénticas que aquello había supuesto a espaldas de Milly. Pero jamás tuvo nada de qué avergonzarse, e incluso pasó por tímido o por misógino, delante de muchas «starletts» generosas en sus ofrecimientos.

Torció el gesto Roy, eludiendo mirar las fotografías colgadas del muro. Bueno, tal vez no siempre salió triunfante su fidelidad conyugal de tantos rudos embates a su honestidad como tuvo que soportar entre bastidores. Pero ningún hombre hubiera sido tan moderado en tal aspecto, pensó ante las anatomías impresionantes de las damas expuestas en las paredes.

Milly, de todos modos, tampoco se hubiera divorciado por eso. No era una timorata. Sabía la clase de tipo que era Roy Pearson cuando se casó con él y la clase de mundo en que le tocaba vivir a un agente de variedades, *music-hall* y revista o comedia musical de gran espectáculo. Mujeres, mujeres por todas partes, y no siempre con la cantidad de ropa suficiente como para mantenerse ajeno a sus cantos de sirena. Después de todo, Roy no aspiraba a ser un Ulises ni mucho menos.

Y ahora, el divorcio... El divorcio, solicitado por Milly. Por su querida, menuda y graciosa Milly, que le había dicho un día, después de ver cómo la primera bailarina del «Paladium» le besaba afectuosamente al pasar junto a su mesa en un *night-club*:

—Me encanta que seas sociable y que te aprecien los demás, Roy, aunque sean chicas bonitas y casquivanas. No comprendo a la mujer celosa, sobre todo cuando sabe al casarse, con la clase de hombre que lo hace.

¿Y una mujer así se divorciaba por «crueldad mental»? No, no podía ser. Allí había algo anormal, algo fuera de lo corriente. Lo que hacía falta es que se resolviera ante el juez Markham.

* * *

No se resolvió.

Roy Pearson se encontró con una Milly Pearson fría y distante, que apenas le dirigió un saludo cortés, al encontrarse un instante en la antesala del juez. La acompañaba Frank Turnes, el abogado. Roy le había tenido

hasta entonces por amigo suyo, pero aunque el muchacho se excusó tímidamente ante él, Pearson le empezó a considerar un enemigo más en aquella conjura infernal dirigida contra él.

Milly se negó en redondo a toda conciliación. Y a requerimiento del juez Markham, un viejecito simpático y afable, que tosía con demasiada frecuencia para los nervios crispados de Roy, declinó en su abogado la formulación de cargos.

Turner tosió también, no se sabía si por contagio del juez o por embarazo ante la delicada situación, tomó unos documentos de su delgada cartera de negra piel, y enfrentóse con Roy, evitando mirarle directamente a los ojos.

Entonces se enteró Pearson de lo que motivaba aquel divorcio, y su asombro aumentó:

—Mi cliente, la señora Milly Pearson, de soltera Milly McCoy —empezó solemnemente Turner, aunque con voz estrangulada—, acusa a su esposo, el periodista de espectáculos Roy L. Pearson, aquí presente, de actos calificados legalmente como «crueldad mental», y basada en ellos solicita de este Tribunal el divorcio, con todas las asignaciones y concesiones a su favor, que marca la ley en tales casos, cuando la culpabilidad del esposo es evidente, clara e incontrovertible, con la presentación de las pertinentes pruebas.

—¡Todo eso es una sarta de tonterías! —gruñó Roy, levantándose—. ¡Tenéis que estar locos los dos para...!

—Señor Pearson —le cortó fríamente el juez—, guarde la debida compostura y espere a su turno, para exponer lo que sea en su descargo. Por favor, señor Turner, prosiga con el pliego de acusaciones de la señora Pearson.

—Mi cliente acusa al señor Pearson de llevar una doble vida, como lo prueban las facturas adjuntas, de diversos hoteles de mala fama de la ciudad, en todos los cuales se inscribió con su propio nombre, y al parecer en compañía de «su esposa», cuando es notorio, según consta por las firmas de los libros de registro correspondiente, que ninguna de las mujeres era la misma, y naturalmente, ninguna de ellas pudo ser, en momento alguno, la auténtica señora Pearson. Estas inscripciones hoteleras, siempre diurnas, coinciden con días y horas en los que el acusado no compareció en su hogar por una u otra causa, y su fotografía ha sido, en todos los casos, identificada por los conserjes o gerentes de hotel, como perteneciente al hombre que se alojó con su pretendida esposa en tales fechas. En segundo lugar, señor juez, disponemos de las pruebas pertinentes para demostrar que el señor Pearson mantiene una cuenta corriente de elevada cantidad en un banco de Oakland, de la que han sido extraídas diversas cantidades en fechas coincidentes con tales «visitas hoteleras», siempre extendidas en cheques a nombre de diversas mujeres. Puedo citar, entre tales nombres,

los que figuran hasta con dos cheques en cuenta; que son: Lorelei Burton, Janette Miller, Susan Prentiss y Cora Stevens, todas ellas «starletts» o actrices de «strip-tease» nada recomendables desde el punto de vista moral.

Turner, tras un nuevo carraspeo, terminó la enumeración de cargos, mientras el estupefacto Roy no acertaba ni siquiera a protestar con gritos destemplados contra tan monstruosas, inicuas y falsas acusaciones.

—Y bien, señor Pearson —el juez Markham se volvió hacia él, después de recoger y revisar las pruebas y documentos que le tendía el abogado—. Las acusaciones son graves. ¿Qué tiene usted que alegar en su descargo?

—¡Que todo eso no es sino una sarta de embustes y de falsedades tan grande que no es posible probar ni lo más mínimo de todo ello! —gritó Roy, incorporándose con violencia—. ¡Jamás estuve en hotel alguno con ninguna mujer, no tuve nunca una cuenta corriente en Oakland, ni sé de dónde se han sacado semejante cúmulo de tonterías!

—Pues las pruebas son evidentes, señor Pearson —juzgó suavemente el magistrado—. Fotocopias de registros de hoteles, con su fecha; cheques, resguardos. En fin, todo aparentemente muy sólido, señor Pearson. Solo le resta admitirlo y tratar de llegar a un perdón conyugal o un mutuo acuerdo, o bien probar que usted no es culpable de todo ello, en forma que no deje lugar a dudas razonables. Y le advierto que esto último va a serle bien difícil, tal como presenta el caso la parte contraria…

—No me asusta todo eso —replicó, más sereno, Roy. Miró con cierto aire de triunfo a Turner y a su imperturbable cliente femenina—. Si existen esas fotocopias, podré rebatirlas fácilmente. No puede ser mi firma la que figura allí, ni siquiera mi letra. Los conserjes o empleados tendrán que identificar al hombre que se presentó como Roy Pearson en los hoteles. Y esa identificación, en modo alguno coincidirá con mi aspecto.

—Eso se resolverá en la marcha de este juicio… si es que prefieren seguir adelante con él, sin reconciliación o acuerdo mutuo —observó gravemente el juez Markham, acariciándose la barbilla con aire reflexivo —. ¿Qué decide usted, señora Pearson, como demandante y principal perjudicada por los hechos, en el caso de ser ciertos, como el señor Turner parece estar dispuesto a probar?

Milly clavó sus grandes ojos en Roy. Este parpadeó un momento, con sus máximas esperanzas pendientes de la respuesta de su mujer. Ella vaciló. Pero nada más. Porque al responder, lo hizo firmemente, y sin nuevas dudas:

—Quiero que siga adelante —habló—. Mi marido me ha engañado, estoy convencida de ello, y pido el divorcio.

Markham respiró hondo, mientras Roy Pearson se erguía, asombrado. Jamás hubiera esperado tal firmeza en Milly. Sintió auténticos deseos de abofetearla, a pesar de su cariño por ella. Era una actitud feroz, intolerante y cruel, que no encajaba en su habitual modo de ser. ¿Qué le sucedía a

Milly, para obrar así?

—¡Milly, esto es un disparate! —saltó, incorporándose—. ¡Yo jamás tuve cuenta corriente en un banco de Oakland, nunca fui a ningún hotel con una chica... al menos desde que nos casamos tú y yo! ¡Y ese cúmulo de disparates carece de sentido, tú lo sabes!

—Yo solo sé que eres culpable, Roy —fue la réplica tranquila, fría, de la joven—. Y no quiero seguir siendo tu esposa. Tengo las pruebas. Perderás el juicio, Roy, porque eres culpable. Ojalá no fuera así. Pero lo eres... y lo nuestro ha terminado. Irremisiblemente, Roy...

Pearson, anonadado, cayó en el asiento. Miró a Markham, que le sonreía benévola pero duramente. El magistrado habló despacio:

—Ya le dije que a mí, personalmente, las pruebas me parecen concluyentes. Pero no puedo juzgar sin oírle. Vuelvan mañana, con sus respectivos abogados.

—Yo no tengo abogado —gimió Roy, abatido.

—Entonces, búsquese uno que le represente legalmente. Siempre será mejor que defenderse por sí mismo. Y entonces resolveremos, a la vista de ambos testimonios. Se suspende la vista, señores...

Markham se puso en pie solemnemente. Ellos también. El primer acto del drama había terminado. Al día siguiente, se levantaría el telón para el segundo.

* * *

Fue un acto breve. Brutalmente breve y demoledor.

Las fotografías, fotocopias y testigos, pasaron ante los ojos incrédulos de Roy Pearson, y los irritados de su representante legal, el abogado Steve Graynes, con la rapidez de un huracán. Y con idénticos efectos devastadores.

Eran cheques a cargo de un oscuro banco de Oakland. El titular de la cuenta, cuyos fondos actuales ascendían a tres mil seiscientos veintiocho dólares con setenta centavos, era Roy Pearson. Sus cheques aparecían firmados y endosados, igual que los registros fotografiados de seis hoteles de extrarradio, con su nombre, rúbrica y letra.

En todos los casos, los testigos, en número de seis, le señalaron directamente, sin la menor vacilación, al verle en su asiento. Dos de ellos dijeron que habían visto al cliente con bigote y gafas de sol. Pero que al subir el «botones» a servirle al apartamento o cuarto alquilado, le vieron sin bigote ni gafas, sospechando de él al descubrir que eran postizos para desfigurarse voluntariamente. Los «botones» en cuestión, comparecieron ante el juez Markham. Señalaron también a Roy, sin lugar a dudas. Y en todos los casos, añadieron que una mujer le acompañaba. Distinta una de otra, por supuesto.

Un perito calígrafo testimonió que las firmas, letra, etc., correspondía

exactamente a Roy Pearson, según las muestras que él presentó ante el Tribunal. Roy protestó violentamente, pero Markham aceptó la palabra del calígrafo. Una prueba más, realmente aplastante, cayó sobre Roy con todo su peso.

—No debió engañarme —dijo secamente el abogado Graynes, mirándole de soslayo, en tanto Turner se levantaba para concretar las acusaciones de Milly, fría y distante siempre—. Usted ha engañado a su mujer. ¿Por qué no me lo confesó, para que yo hubiera buscado otro medio de defensa más eficaz? Me aseguró que era inocente y…

—¡Es que *soy* inocente! —gimió Pearson, desalentado, oprimiéndose la cabeza entre ambas manos—. ¡Es que soy inocente, Graynes… y no entiendo, no logro entender nada de todo esto…!

—Mire, Pearson. Lo cierto es que negar y negar, no le conducirá a nada. Solamente a perder el juicio… y perder a su mujer también. Ninguno de nosotros es un santo, no debió de temer revelarme la verdad, lo que realmente hizo a espaldas de su mujer. No es el primer hombre, ni tampoco será el último que…

—Escúcheme usted a mí ahora, por Dios —pidió Roy, enfurecido—. Yo no pretendo ser un santo. Yo he cometido malas acciones, como casi todo el mundo. Pero esas… ¡esas de que me acusan, no las hice yo! ¡Yo nunca firmé esos cheques, nunca tuve dinero allí! ¡Qué investiguen en el banco, que remuevan todo eso…! ¡No he pisado jamás esos hoteles infectos, no he acompañado a las chicas que dicen, ni siquiera las conozco, más que por fotografías, o desde la butaca de un local de espectáculos!

Steve Graynes le miró fijamente. Sonrió con absoluta incredulidad.

—Comprenderá usted mismo, Pearson, que eso es increíble de todo punto —manifestó—. Toda esa gente no tiene el menor interés en levantarle calumnias. Tampoco su mujer me parece una terrible conspiradora, capaz de inventar y crear tan perfecta trampa contra usted. Juraría que sufre ahora tanto o más que usted mismo con todo esto. Y por otro lado, sería pueril que existiera alguien tan sumamente parecido a usted, que firmara como usted, con su propia letra, y tuviera su mismo nombre y aspecto físico.

Roy advirtió, con estupor, que la telaraña era perfecta. Tanto, que no tenía un solo resquicio. Los razonamientos de su propio abogado eran tan aplastantes que no pronunció palabra. Ni siquiera cuando Graynes, tras mirarle fijamente, se incorporó, extendiendo sus manos en gesto elocuente, y manifestó:

—Mi defendido no tiene ya nada que alegar, Señoría. Yo, personalmente, declaro que ignoraba los verdaderos hechos, y que, por tanto, sus acusaciones y pruebas me cogen desprevenido. Tampoco tengo nada que alegar…

Se sentó, sombrío, empezando a cerrar su cartera.

En la sala, vacía de público, sonó el mazazo del juez Markham, y luego su voz clara, enérgica:

—Este Tribunal, a la vista de las pruebas presentadas, concede la razón absoluta a la demandante, Milly Pearson, y acusa a Roy Pearson de adulterio, que justifica la petición de divorcio. Concedo, pues, el divorcio a Milly Pearson, debiendo en lo sucesivo Roy Pearson pasar a su esposa una renta del cincuenta por ciento de sus ingresos, y partiendo con ella sus bienes en la proporción que oportunamente decida este Tribunal. Las costas y cuantos gastos se originen, serán cargados en la cuenta de Roy Pearson, como culpable demostrado.

Se levanta la sesión.

Roy se incorporó, porque Graynes mismo le obligó a hacerlo, aferrándole por un brazo. Milly se retiraba, sollozando, apoyada en Turner. El juez salió. En último lugar lo hizo Roy. Abatido, en silencio, dejando tras sí la sala vacía del Tribunal… y también con un vacío ante él. Un vacío espiritual y físico que nada ni nadie podría llenar.

—No puede ser… —murmuraba—. ¡No puede ser…! Yo jamás estuve ahí… Yo jamás tuve ese dinero, ni fui a esos lugares… ni acompañé a esas mujeres… Dios mío, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que me sucede a mí? ¿Y por qué…?

Pero nadie le podía responder. Ni siquiera su abogado que, airadamente, le había dejado solo. Todos le habían dejado solo.

Todos… Incluso Milly.

Capítulo II
ENIGMA

La llave entró en la cerradura. Giró lentamente. Roy Pearson entró en su apartamento de Van Ness Avenue.

Era la primera vez que encontraba vacío el apartamento. Terriblemente vacío.

Cruzó el vestíbulo. Había un rectángulo más claro, de muro descolorido, en la pared del fondo. Allí había habido un cuadro de un joven y prometedor pintor californiano, Albert Craig Sutton. Ahora no había nada. Ella se lo había llevado.

Pasó al gabinete. El bar, en un rincón, mostraba su fría forma curva, bajo una reproducción de Cézanne. Al lado opuesto, el canapé rojo y la mesita para revistas, con unos ejemplares atrasados de «Collier's» y de «Look», más algún «Vogue» y el último «Housekeeping», aún con la franja de reparto sin abrir, gritaban estentóreamente, sin voz ni sonido, la ausencia de Milly.

No quiso seguir. ¿Para qué? Ver las dos camitas gemelas en el dormitorio, sería aún peor. Y la terraza desierta, con el parasol de vivas franjas multicolores, y las sillas funcionales, ante el repecho cuajado de ramajes, tampoco contribuiría a hacerle olvidar la soledad en que se hallaba desde unas horas antes.

Milly se había marchado mucho antes. Pero, legalmente, hasta las once de aquella mañana no se había concedido el divorcio a Milly Pearson. Ahora, ya no estaba casado. Era un hombre libre. ¿Libre? La palabra casi le hizo reír. No era la libertad que uno desea, cuando quiere a su esposa y es feliz junto a ella.

Vivía desde hacía una semana, como entre brumas. Daba la sensación de que iba a despertar súbitamente, encontrándose con que todo había sido una torva pesadilla. Y que allí, junto a él, la cabecita morena de Milly dormiría su apacible sueño de todas las noches.

Pero no era así. Aquello no era un sueño. Ningún sueño dura siete días, siete noches, un millón de torpes, confusas, horas.

Parándose en mitad del gabinete, con la vista perdida en el arabesco dibujo azul y oro de la alfombra, trató de pensar. Acaso por vez primera en aquel marasmo, ligó algunas ideas.

Tal vez fuera uno de esos tipos raros esquizofrénicos de que hablaban las películas de Hollywood. Un hombre con doble personalidad. Un doctor Jekyll, cuyo «Míster Hide» habíase ido alegremente de juerga con un montón de chicas estupendas, sin preocuparse de unas consecuencias que

solamente se relacionarían con su vida normal.

Desechó la idea por absurda. Era grotesco pensar tal cosa. Él era un ser como los demás. Podía recordar cada hora vivida junto a Milly, o lejos de ella. Nada de lagunas mentales, ni zarandajas de aquellas que ofrecían los meningíticos escritores del cine.

Pero lo cierto es que Milly había ganado el juicio. Y ahora, serenamente examinado el caso, en la soledad desesperanzadora de su apartamento, Roy admitía que ni el abogado Turner, ni el irritado Graynes, ni mucho menos el juez Markham, tuvieron apariencia de sentirse predispuesto contra él. No había motivos de enemistad ni de odio hacia él. Milly tampoco parecía guardarle rencor. Ni fingir, por supuesto. Estaba convencida de lo que veía, y por cierto que hasta él mismo tenía motivos para reconocer su lógica.

Las pruebas parecían legítimas. A él se «lo parecían». Para los demás, *tenían* que ser legítimas, porque eran demasiado contundentes. Se podía falsificar una firma. Pero no hubiera tenido razón de ser, a no planearlo la propia Milly. Por otro lado, él ignoraba que tuviera un perfecto «doble». Cosas así solamente ocurrían en las novelas, nunca en la realidad.

Recordó las fotocopias de los cheques, de los libros de registro. Y los originales, presentados al juez. El color de tinta verde, el rasgo, la letra. Todo era suyo. Incluso él podía jurarlo, de no ser porque sabía que eso no era posible.

Una de las chicas también se había presentado. Se llamaba Lorelei Burton, y según dijeron los demás, y ella misma cínicamente, entre Roy y ella hubo algo más que unas simples efusiones inocentes. Una telefonista del «McAdams Hotel», en Sausalito, le identificó como «el hombre que había puesto una conferencia desde el establecimiento, cuando ocupaba con ella una habitación, dando el nombre de Roy Pearson». Se comprobó esa conferencia, a través de la Compañía Telefónica. Era cierto que un tal Roy Pearson la solicitó. El número pedido correspondía a la ciudad de San Francisco misma… y era el de la oficina del agente teatral que Roy tenía en O'Farrell Street.

La llamada no recibió respuesta de la oficina, por ausencia de los ayudantes de Roy, y fue anulada. Roy trató en vano de recordar dónde había estado el seis de junio, a las cuatro de la tarde. Pero fue en vano. En apariencia, él mismo fue quien pidió la conferencia. Porque esta se había repetido, una semana después, a la misma oficina. Y esta vez, June Burke, la mecanógrafa, contestó a la llamada, confirmando que reconoció la voz de Roy Pearson, sin lugar a dudas, y que él dijo telefonear desde Alameda, donde estaba tramitando unos contratos. El «Hotel de la Bahía» encontró entre su poco recomendable clientela a un tal «señor Pearson y esposa», que todo lo completaba. La «esposa» resultó ser una «strip-teaser» del «Latin Quarters», llamada Cora Stevens. Ella misma confirmó, señalando a

Roy con un guiño malicioso, que era el tipo con quien había pasado la tarde, y no precisamente mirando a las aguas de la bahía.

Roy se estremeció, dejándose caer en el canapé rojo, y oprimiéndose las sienes con ambas manos. Era enloquecedor, alucinante. Algo espantoso, que le cercaba como un dogal, hasta estrangularle.

Él no era... él jamás estuvo con aquellas mujeres fáciles y sin recato en parte alguna. No tenía nada inconfesable que ocultar. Estaba habituado a vivir, a moverse entre chicas llenas de encantos, y no era fácil dejarse deslumbrar por la primera mujerzuela que surgiese.

Pero la red era inextricable y perfecta. También era absurda, inconcebible. Solamente Milly se beneficiaba con ello. Y estaba seguro de que ella no pudo ser, en modo alguno... Además, el beneficio material tampoco era grande.

Conocía bien a Milly, lo mismo que a su hermana Jessie. Ambas eran igualmente jóvenes y bonitas. Pero él había elegido a Milly como novia. Y después como esposa. Jessie se quedó en Portland, Oregón, donde las conociera en un viaje profesional.

Eran de buena familia, y habían disfrutado anteriormente de envidiable posición. Ninguna era ambiciosa. Y Milly jamás tuvo egoísmo hacia el dinero, ni ninguna otra cosa, que no fuera la felicidad de su propio hogar.

Por todo eso, cuando más reflexionaba, más inexplicable, más enigmático y oscuro le parecía todo. En buena lógica, aquello *no podía* ocurrir. Pero *estaba ocurriendo.*

Y él, Roy Pearson, víctima principal de los fantásticos acontecimientos, ni siquiera sabía qué pensar, qué hacer... cómo reaccionar tras el terrible mazazo.

Se dirigió al teléfono, para pedir al restaurante de abajo una cena frugal. Pero se detuvo, con el auricular entre los dedos y el índice de la otra mano introducido en un orificio del disco. Colgó de nuevo. No iba a pedir cena. No sentía apetito alguno.

Se encaminó al bar. Abrió el mueble-licorero. Había aún algunas botellas. Milly no bebía Por tanto, al marcharse, le dejó todas las existencias. Ron, ginebra, vermut, *whisky*, brandy... Tomó la botella de *whisky* y se sirvió cuatro dedos en un vaso. Los apuró, sin soda.

Repitió la dosis. Luego, contempló la botella, irritado consigo mismo. No era de los que buscaban el alivio a sus penas en el alcohol. Tiró la botella a un lado, dejó el vaso sobre el mostrador, y se encaminó al dormitorio. Afrontaría cuanto antes el embate con la alcoba vacía.

Fue mejor de lo que temía. Contempló las dos camitas gemelas, separadas por la mesilla de noche. Ya no estaba el retrato de Milly. En cambio, sí el suyo, con el marco de plata y la dedicatoria cursilona a su esposa. No había figurado en el inventario de la ausente, por lo visto.

Tuvo una mueca amarga. También echó de menos la hilera de trajes en

el armario de ella, abierto ahora, vacío como una casa sin habitar. Y el pijama azul, sobre la cama. Y las chinelas rojas. Y el pequeño despertador de cifras brillantes.

Se tumbó en su propio lecho. En el de siempre. Cerró los ojos, comenzando a reflexionar. Estaba cansado, muy cansado. Y se quedó dormido.

* * *

Era ya noche cerrada. Tuvo que encender la luz de la lámpara de la mesilla, y levantarse a bajar las persianas blancas de la ventana que daba a Van Ness. En la distancia, centelleaban las luces del City Hall. El tráfico, en la calle, producía como un mar de ruidos, de vida... Y él en una isla de soledad y silencio.

Caminó hasta el gabinete, frotándose los ojos adormilados. Encendió las luces, y se movió como un fantasma de un lado para otro. No había querido dormir. Pero la naturaleza tenía sus límites, después de todo.

Había dormido durante casi seis horas. Eran las once de la noche. A aquellas horas, el «Unión Theatre» estaría en la segunda parte de su espectáculo. Y era un estreno que esperaban diese dinero. Él había agrupado a las figuras, había creado, en suma, lo que era el espectáculo. ¡Hermosa forma de pasar la noche del estreno! Solo, y olvidado de todo lo que no fuese su propia intimidad, su vida en común con Milly, tronchada en su hogar, en su cariño...

Volvió a avanzar hacia el teléfono. Preguntaría a su socio, Dave Culler, cómo iban las cosas en el escenario, y cómo acogía el público la obra. Se disculparía por su ausencia, aunque suponía que Culler y los demás ya comprenderían...

Otra vez se quedó con la mano a punto de tomar el receptor. Pero en esta ocasión no fue por un cambio de idea. El timbrazo del aparato fue lo que le detuvo. Lo contempló fijamente, sobresaltado. Igual que si un fantasma hubiera entrado súbitamente, arrastrando cadenas y asomando su faz ensabanada por el teléfono.

Sonó de nuevo.

Alzó el auricular. Preguntó roncamente:

—¿Dígame?

La voz que llegó del otro extremo del hilo le hizo vibrar. Parecía...

—¡Roy! ¿Eres tú...? —llamó una mujer.

—Milly... —jadeó Pearson, palideciendo, estrujando el auricular entre sus dedos.

—No, no. No soy Milly, Roy —denegó la voz de mujer—. Te llamo desde Portland, ¿comprendes?

—Oh, entiendo... ¿Jessie? —decayeron sus alientos.

—Sí, Roy. Aún desde aquí, se advierte tu decepción. No te culpo por

ello. Roy, he leído en la Prensa lo de... de Milly y de ti...

—Sí, lo imagino. A veces, se acuerdan de uno los periodistas. Para cosas como esa...

—Roy, yo no lo creí... hasta recibir el telegrama de Milly, esta misma tarde. Dice que ya está legalmente concedida la separación y que...

—... Y que no somos nada el uno del otro —completó amargamente Roy—. Es decir, justamente, lo que ocurre, Jessie. Tu hermana y yo somos dos extraños, desde este mediodía.

—Dios mío... ¿Cómo ha podido ocurrir esto, Roy?

—Aún no lo sé ni yo mismo. Sería muy largo de contar, Jessie. Solo puedo decirte que ella cree tener razón. Y yo también, al asegurar que todo lo ocurrido es falso, que yo no soy culpable de nada...

—La historia que cuentan algunos diarios de ti, me ha llenado de estupor, Roy. Me parecía imposible que tú... precisamente tú, pudieras ser tan vil con Milly...

—Te juro que jamás hice nada de eso. No logro entender lo que ocurre, pero así es. No espero tampoco que me creas, Jessie, porque nadie puede creerme, pero...

—Yo te creo, Roy —dijo ella suave, inesperadamente.

—¿Eh? ¡Repite eso, Jessie! —gritó Pearson, atónito.

—He dicho que yo creo en ti. Tengo que ver a Milly, disuadirla de su modo de pensar...

—Será inútil cuanto hagas. Ella no cree en mí, Jessie. Gracias por apoyarme en estos momentos, pero...

—No es solo por apoyarte moralmente, Roy. Voy a ir a San Francisco esta misma semana. Veré a Milly, y espero resolver la cuestión. Te ayudaré en cuanto sea preciso. Cuenta conmigo, Roy.

—Gracias, pero creo que perderás el tiempo. Milly no quiere oír a nadie.

—Me oirá a mí, Roy —aseguró Jessie Mac Coy con firmeza—. Hasta pronto, amigo mío.

—Hasta pronto, Jessie. Eres una gran chica, siempre lo supe —colgó, tras hacerlo ella desde Portland. Se quedó pensativo, mirando al receptor telefónico, y repitió para sí, en un murmullo—: Una gran chica...

Luego, se encaminó de nuevo a la salida del piso. Se sentía incapaz de seguir allí encerrado un momento, más. Prefería ir al teatro, enterarse de la marcha del estreno. A cualquier parte de la ciudad, menos quedarse allí, con los recuerdos de la mujer que había roto definitiva, totalmente con él. A pesar de los buenos oficios de Jessie, estaba seguro de que su hermana no cedería.

Tenía el presentimiento de que había sido una separación decisiva. Un adiós para toda la vida.

Cerró con un seco portazo, se encaminó a la escalera y la bajó con paso

rápido. El apartamento estaba en una segunda planta. Jamás utilizaba el ascensor. Era uno de los chismes que más aborrecía Roy.

Una vez en la calle, se encaminó a su pequeño «Buick», parado junto al bordillo. El otro «Buick», el mayor de los dos, había ido a parar a propiedad de Milly. Ella se negaba a aceptarlo, pero Turner, su abogado, era menos piadoso que ella. Markham había juzgado que eso era legal, y se lo concedió. A Roy no le importaba ningún «Buick», ni cualquier otro coche. Coches, había muchos. Milly, solamente una… y esa sí que estaba totalmente perdida.

Se encaminó hacia el teatro, a buena velocidad. A la altura del cruce de Van Ness con Turk Street, un gran cartel, destinado a los turistas forasteros, anunciaba, con un fondo idílico de agua, costa y bellas californianas: VISITE SAUSALITO. MARIN COUNTY LE OFRECE LAS BELLEZAS DE LA BAHÍA.

Roy frunció el ceño. El nombre de Sausalito no le era ya tan grato como antes, o como podía serlo en todo momento para un forastero que quisiera conocer las bellezas naturales del viejo, legendario Frisco.

Sausalito y su maldito hotel… ¿No se llamaba «Mac Arden»? No, era otra cosa… «Mac Adams», sí. «Hotel Mac Adams». Allí, una telefonista decía haberle puesto en comunicación con la ciudad. Y una mujer, Lorelei Burton, una cínica corista de vida turbia, había declarado, hinchando su potente torso ante el juez Markham, que pasó una tarde con Roy Pearson en aquel hotel de todos los diablos…

No supo lo que pasó por su mente. No supo por qué hacía precisamente aquello. Pero lo cierto es que, de súbito, olvidó el teatro, el estreno de aquella noche, absolutamente todo.

Y rectificó la dirección de su coche, haciéndole dar un brusco, violento viraje a la altura del Civic Center, lanzándose a velocidad vertiginosa hacia el noroeste.

Hacia Sausalito.

Capítulo III
TRAS EL OVILLO

Era un feo hotel. Uno de esos hoteles suburbanos a los que Roy no hubiera ido jamás, ni en su más sórdida aventura.

El nombre de «Hotel Mac Adams» figuraba en un rótulo deslucido, sobre una hilera de balcones asomados a la avenida azotada por el aire húmedo y salobre de la bahía. Era uno de los viejos edificios franciscanos, y no disimulaba esa vejez en modo alguno.

Roy Pearson paró el «Buick» frente a las verjas metálicas, pintadas de verde, con el esmalte deslucido o desconchado en algunos puntos, y saltó a la acera. Avanzó hacia el edificio del hotel.

El vestíbulo era oscuro, olía a humedad y a madera vieja. También a frito, a pescado mal conservado. Roy dominó su asco y avanzó hasta la centralilla telefónica, que era a la vez *comptoir* del hotel. Se había puesto unas gafas de sol con cristales color caramelo. La muchacha del teléfono se volvió hacia él.

Era la misma pelirroja espigada y pecosa, de busto artificial bajo el suéter naranja, que le identificara sin la menor vacilación en la sala de juicio de San Francisco, como el acompañante de Lorelei Burton. Había dicho llamarse Peggy Colby, Roy no olvidaba eso fácilmente.

—Hola, Peggy —saludó con desenvoltura—. ¿Cómo va eso?

—Bien —ella le miró con desconfianza. Frunció sus cejas rojizas, tratando de identificarle, pero resultó vano su esfuerzo. Encogió los hombros, y refunfuñó—: Oiga, ¿puedo saber de qué nos conocemos usted y yo? Si le vi alguna vez, lo he olvidado.

—Lo suponía —Roy Pearson apretó los labios con firmeza. Lentamente, se quitó las gafas de sol. La miró penetrante, fijamente—. ¿Y ahora? ¿Tampoco me recuerda?

—No —ella le guiñó un ojo con escasa gracia—. Pero si quiere que trate de recordarle, termina mi trabajo a las once de la mañana. Vivo algo lejos, y podría acompañarme...

Roy se estremeció. Por nada del mundo acompañaría a aquella mujer a parte alguna. Lo disimuló, preguntando con ingenuidad:

—¿Turno de noche? Creí que hacías el de día...

—Eso era antes —ella rio como podía hacerlo un caballo de carreras—. Me gusta más ese turno. He nacido para vivir de noche y dormir de día. Siempre me agradó eso.

—Entonces, ¿por qué no te dedicaste a corista de *music-hall*? Hacen una vida parecida a la tuya. Pero ellas no tienen que sentarse ante un cuadro

telefónico.

—Me hubiera gustado —suspiró Peggy Colby—. Sin embargo, no siempre es fácil meterse entre la gente de teatro. Las coristas abundan como una epidemia. Y siempre eligen a las menos aprensivas.

—Sí, el negocio del teatro está podrido —asintió Roy con un suspiro. Después de todo, se dijo, no mentía al decir esto—. Pero yo puedo ayudarte mucho, Peggy…

—¿De veras? —ella hinchó su torso, como alardeando de lo que no poseía, a pesar de los postizos—. Oye, ¿quién eres y cómo te llamas? Me gustaría eso, si es verdad que tú puedes hacerlo… Juraría que también te conozco, pero no sé de dónde…

—Se llama Roy Pearson. Y declaraste contra él en un juicio por demanda de divorcio. ¿Ya lo has olvidado, imbécil?

Peggy Colby se llevó un sobresalto. Roy también, pero en menor grado. Giró lentamente, hasta encararse con un hombre de cabellos ralos y canosos, en mangas de camisa, plantado agresivamente tras él. Era el dueño del hotel. También le recordaba del juicio. Y al parecer, este no era tan flaco de memoria como la telefonista.

—¡Pearson! —chilló ratonilmente la pelirroja. Miró a Roy con ojos dilatados—. ¡Oh, no le había reconocido…!

—En cambio, me recordó muy bien ante el juez, ¿verdad, hermana? —silabeó Roy, furiosamente—. Me gustaría saber cómo fue eso posible, a no ser que estuviera bien adiestrada… y pagada.

—¡Basta, Pearson! —cortó, tajante, el hombre. Era fornido, más bien rechoncho, de inquietante aspecto—. No quiero jaleos en mi hotel. Será mejor que se largue, y deje en paz a mi telefonista, o le denunciaré a la policía, por molestar a los testigos que no hicieron sino cumplir con su deber.

—Ya me voy —Roy endureció sus ojos, achicándolos—. Pero esto va a ponerse feo, Peggy Colby, si usted no habla clarito y confiesa a la Justicia su perjurio. Usted sabe que yo jamás estuve aquí antes de ahora… pero mintió, lo mismo que miente su patrón. Ustedes sabrán por qué. Pero usted pagará las consecuencias y muy…

—¡Le he dicho que basta! —rugió el encargado del hotelucho, avanzando hacia Roy. Le echó una velluda zarpa encima, con las uñas tan negras y mugrientas como sus sucios dientes—. ¿O prefiere que le eche a trompicones de aquí?

—Inténtelo —rio Pearson duramente, sin moverse.

El hombre pretendió alzarle en vilo, con su manaza izquierda, al tiempo que le soltaba una tremenda coz con la diestra. Pero todo fracasó inesperadamente. Porque ni logró levantar al joven, y mucho menos, atinarle con los recios nudillos.

Roy se desasió, con un tirón brusco, y un golpe de refilón en la muñeca

zurda del individuo. Al mismo tiempo, eludió con una finta agilísima, el directo que se le venía encima.

El puño silbó junto a su mejilla. Simultáneamente, fue Roy quien disparó como un cartucho de dinamita su derecha, hincándola en el adiposo vientre del tipo. Fue un duro impacto, y el hombre tosió, doblándose. En el acto se irguió, como levantado por un resorte, al recibir un demoledor mazazo en «gancho», que hizo crujir en forma escalofriante su mandíbula.



Se irguió, como levantado por un mazazo

Peggy gritó. El choque sordo del cuerpo sobre las tablas del zócalo, ahogó ese chillido de temor. Ya las manos febriles de la telefonista enchufaban una clavija en el cuadro, empezando a marcar un número.

—¿Policía? —pidió al micrófono—. ¡Por favor, vengan pronto a...!

Roy se estiró sobre el mostrador. Arrancó de golpe la clavija, y ante el

chillido de ella, la sonrió hoscamente.

—No te voy a estrangular, preciosa —dijo con frialdad—. Pero posiblemente, llegue a hacerlo un día, si no dices la verdad. ¿Quién te ordenó que declarases contra mí?

La mujer parecía desprovista de voz, como si se hubiera quedado totalmente muda. Roy se apartó, arreglándose las solapas arrugadas por el hombre del hotel. Echó a andar hacia la puerta, mientras hablaba por encima del hombro:

—Ahora sigue llamando a la policía. Pero eso no va a ayudarte en nada. Ahora sé algo que ignoraba: *tú no pudiste identificarme.* Ni siquiera te acuerdas de mí, a pesar de que hace unos pocos días del juicio, y en cambio, entonces, hacía casi medio mes, desde aquella supuesta inscripción mía en el hotel… En todo esto hay algo sucio y oscuro. Tú sabes algo, Peggy. Sigue callada, y terminarás en la cárcel por perjura… Volveremos a vernos pronto, pelirroja.

Salió del hotel. La iluminación de la avenida de la costa, era débil en aquella zona. Roy subió de nuevo a su «Buick», y se alejó a buena marcha.

No había puesto nada en claro. Sin embargo, el hilo había soltado cosa de unas pulgadas del confuso ovillo. Al menos, sabía que alguien había inducido a la muchacha a reconocerle. No existía un «doble» ni nada de eso, sino una conjura contra él. Por dinero, era mucha la gente capaz de mentir. Pero la verdad es que haría falta mucho dinero para sobornar a tanta gente como le acusó. Aparte de que aún quedaban las evidencias de las firmas en los registros, y la cuenta corriente de Oakland.

Pero todo eso también tendría su explicación lógica. Todo consistía en seguir adelante con el ovillo. ¿Hasta dónde? Eso, Roy lo ignoraba todavía. Solamente sabía una cosa: que iba a continuar investigando, buscando la verdad. Una verdad que por fuerza había de ser tenebrosa e insospechada.

¿Quién podía tener tal interés en hacerle aparecer como culpable, en divorciar a Roy y a Milly Pearson?

Esa era la clave fundamental de la incógnita.

Y el punto adonde Roy quería llegar, a toda costa.

* * *

Los «ferrys» pasaban bajo la colgante estructura gris, metálica, del Bay Bridge. Roy pisaba el acelerador, avanzando sobre el puente, hacia Oakland, terminal de los ferrocarriles transcontinentales. Mercancías y viajeros, eran trasladados a través de la bahía, en «ferry boats».

Ahora tenía por destino el banco de Oakland. Luego seguiría el «Hotel Bahía», en Alameda. Eran los tres puntos de origen de la trama. Lo demás era episódico, accidental. Que Lorelei Burton, Janette Miller, Susan Prentiss y Cora Stevens, sus cuatro supuestas aventuras, hubieran mentido, no era tan extraño. Después de todo, pertenecían a esa clase de mujeres,

capaz de todo por cien dólares. Lo único extraño era que existiera alguien capaz de sobornar a tanta gente. Siempre la misma obsesionante pregunta: ¿Por qué?… ¿Por qué?… ¿POR QUÉ?

Roy Pearson se detuvo frente al Banco Comercial de Oakland Road. Era una sucursal pequeña, con no muchos empleados. La mañana era luminosa, soleada pero húmeda. El reverbero del sol matinal en los grandes cristales del banco, hizo centellear la carrocería verde manzana de su coche.

Cerró la portezuela de un golpe, cruzó la acera, y entró en el establecimiento.

Solicitó del empleado un impreso para iniciar una cuenta corriente. Se lo entregaron. El cuestionario era breve. Lo rellenó, y puso la cantidad a ingresar: cincuenta dólares. Cuando lo entregó en la ventanilla correspondiente, el cajero le miró a través de sus gruesos lentes. Se encaminó a un fichero. Consultó algo. Unos momentos después volvía junto a Roy, con una tarjeta y el impreso. Su expresión era perpleja.

—Disculpe, señor, pero debe haber un error en esto —manifestó—. Usted no necesita iniciar la cuenta en el banco. Ya tiene una, y bastante fuerte. ¿Lo había olvidado?

Pearson clavó sus ojos grises y fríos en el hombre. Denegó lentamente:

—Eso es falso, señor. Yo jamás estuve antes en este banco ni en ninguna otra sucursal urbana del mismo. Nunca tuve cuenta alguna en él. Y *soy* Roy Pearson. Se tratará de otro con igual nombre.

—Eso lo comprobaremos enseguida por sus documentos, firma y demás detalles, señor. Pero esto es muy raro, porque el número de su documento de identidad, coincide con el inscrito aquí. No puede ser casual.

—Repito que yo no tengo cuenta corriente aquí —sonrió Roy—. Y no padezco amnesia.

El empleado meneó la cabeza, juzgando que el cliente parecía perfectamente normal, y en posesión de sus facultades mentales. Tras una duda, expuso:

—Espere un momento, por favor. Consultaré con el director… Vuelvo enseguida.

Se ausentó, metiéndose tras una puerta de vidrio escarchado, en la que golpeó previamente. Roy esperó, totalmente sereno. Esperaba dificultades y problemas, de modo que no le sorprenderían.

El empleado reapareció, con mayor perplejidad que nunca en su rostro. Se acercó a la ventanilla.

—El director quiere verle, señor Pearson. Rodee las ventanillas por aquel lado, y llame en la puerta del fondo, por favor. Este es un caso muy extraño, ciertamente.

Roy así lo hizo. Tras su llamada, una voz le autorizó a entrar. Entró.

El director era un hombre obeso y amable. Le estrechó la mano,

mirándole con fijeza, mientras le invitaba a sentarse. En sus manos había dos cuestionarios de iniciación de cuenta corriente, y la tarjeta del fichero de clientes.

—¿Por qué se empeña en demostrar que usted no posee cuenta en mi banco, señor Pearson? —preguntó con cierta sequedad el hombre—. Eso ya se dilucidó en el juicio, ¿no cree?

Roy asintió. El director no había estado ante el juez. Pero sabía de qué iba. De modo que era mejor no fingir más. Se inclinó hacia él, señalando el impreso.

—Yo solamente he rellenado el de hoy —dijo lentamente—. El otro será apócrifo. Nadie puede haberme visto por aquí. A pesar de lo que dijo el cajero y el encargado de cuentas corrientes, en el juicio.

—Eso es muy grave, señor Pearson. Acusa de embusteros y perjuros a mis empleados.

—Sin embargo, *tuvieron* que mentir... o alguien les hizo ver lo que no era.

—¿Cómo?

—Sí. Alguien pudo pasarse por mí, ingresar ese dinero, imitar mi firma...

—¿Pagado por su esposa, para obtener el divorcio? —el banquero sonrió burlonamente—. Mire, señor Pearson, todo eso es ridículo. Se puede fingir cuanto se quiera, pero no imitar una letra exactamente, y presentar unos documentos duplicados exactamente. Sería difícil, por no decir imposible.

—Solamente difícil, a mi juicio —apuntó Roy—. Pudieron elegir un día, unas horas, en que yo no dispusiera de mis documentos, para hurtarlos y falsear su número, fotografía y firmas. Pudieron falsificar mi firma, mi caligrafía. Y alguien se caracterizó de la forma más parecida a mí mismo, para interpretar el papel en el banco.

—Sigo sin creerlo, señor Pearson. Todo eso es pueril, novelesco... nada real.

—No es real nada de lo que me está sucediendo. Y si yo soy Roy Pearson, exijo ver ese primer cuestionario que usted asegura rellené yo.

—Aquí lo tiene. Está en su perfecto derecho legal.

Roy lo tomó. Parpadeó, atónito. La letra era idéntica. La suya propia, hubiera dicho, de no ser porque estaba seguro de que jamás escribió él en aquel impreso. La fecha era del 30 de mayo. La cantidad ingresada, diez mil dólares.

—Ha hecho usted, en poco tiempo, numerosos desembolsos. Su saldo actual...

—No es mi saldo. No ingresé ese dinero, ni saqué nada de él. Usted no va a creerme. Pero es la verdad. ¿Cómo podría persuadirle de ello?

El banquero le miró fijamente. Parecía realmente impresionado por el

acento de sinceridad de Roy. Tras un carraspeo, confrontó ambos impresos y su texto. Perplejo, arrugó la frente y estudió a su visitante.

—Usted ha perdido ya el juicio contra su esposa. Está divorciado —dijo—. ¿Por qué sigue detrás del asunto?

—Quiero conocer la verdad. Saber quién ha arruinado mi vida. Y por qué. Sobre todo, por qué...

—No sé, señor Pearson. Pero usted me desconcierta. Casi me siento inclinado a creerle... a pesar de que a través de estos documentos y escritos, podría jurar, como banquero, que es su letra, y usted mismo llenó ambos papeles. Pero ahora, carece ya de objeto que niegue y se tome este trabajo. Creo saber cuándo un hombre miente o dice verdad. Usted me parece de estos últimos, señor Pearson.

—Gracias —se inclinó—. Entonces... ¿va a ayudarme?

—No creo que pueda hacer mucho por usted. De todas formas, vamos a ver al cajero y al encargado de cuentas corrientes. Ellos tal vez le ayuden mejor que yo.

* * *

El cajero y el encargado del Banco Comercial de Oakland estudiaron por enésima vez, el rostro de Roy, con sus gafas de sol y el bigote pintado con tinta. Era una caracterización improvisada. La que, según todos los testimonios, llevaba el hombre que dijera ser Roy Pearson.

Se miraron entre sí ambos empleados. El director interrogó:

—¿Y bien, señores? ¿Están plena, totalmente seguros de que *es* la misma persona?

—Seguro —asintió el encargado—. Es él... No tengo la menor duda, señor Prentiss.

La mirada del banquero pasó al empleado de la caja. No era el mismo de la ventanilla de inscripciones. Roy respiró con fuerza. El cajero afirmó también.

—Estoy seguro de que lo es. No hay diferencia. Su cabello castaño, sus ojos, su expresión... su boca y nariz... todo concuerda —afirmó—. Yo le recuerdo muy bien cuando extendía las manos para recoger el dinero, y me firmaba el resguardo... ¡Eh! *¡Un momento!*

Se paró de súbito, tras la interjección, y clavó su mirada sorprendida en las manos de Roy. Este las extendió, sorprendido. Prentiss, el director del banco, también reflejó extrañeza, y apremió al cajero:

—¿Qué es lo que sucede, Hilton? ¿Ha recordado usted algo especial?

—Sí... sí, señor —se acercó más a Roy, tomó sus manos, las miró de cerca. Luego, denegó con la cabeza—. No, usted no lo tiene...

—¿Qué es lo que yo no tengo? —pidió Roy—. ¿A qué se refiere?

—A un lunar. El hombre que ingresó ese dinero, el hombre que ha sacado en cinco o seis ocasiones importantes cifras de la cuenta corriente...

tenía un pequeño lunar entre los dedos índice y corazón de su mano derecha. Era muy pequeño, pero uno se fija siempre en las manos de los clientes, más incluso que en sus caras, porque es lo que más se distingue en la ventanilla. También juraría que las manos de quien yo conocí como señor Pearson, eran algo más anchas… pero de eso no estoy plenamente seguro. Lo que sí afirmo es que no eran las mismas manos. Aquel lunar no puede fingirse. Era auténtico. Este caballero, no lo tiene. De haberme fijado en el juicio…

—No me hubiera servido de nada —declaró Roy lentamente, con una dura sonrisa—. El juez no se hubiera dejado impresionar por detalle tan insignificante.

—Pero yo, sí —dijo Prentiss gravemente—. Me parece que usted estaba en lo cierto. Alguien ha hecho un juego sucio para cargarle a usted las culpas.

—Sí. Pero al menos ahora sé bastante más que cuando empecé a desenredar la madeja —habló Roy—. Hay un hombre. Un suplantador que ha ocupado mi puesto. Al parecer, es un tipo genial, capaz de caracterizarse notablemente, de falsificar la letra de cualquiera a la perfección, y de fingir una voz idéntica a la mía por teléfono. No pueden abundar los hombres con esas características. Además, tiene un lunar o peca entre los dedos índice y corazón de la mano derecha. Tal vez manos más anchas que yo. Y estatura similar a la mía, así como contextura física en general, o la ficción hubiera sido imposible.

—¿Por qué no va a la policía con esos datos? —le sugirió el banquero —. Pueden ayudarle. Después de todo, es un fraude criminal, ya que han causado su infortunio privado.

—No creo que tenga aún suficientes pruebas para convencer a la policía. Es más bien cuestión de convencer a mi exesposa. Y ella, si perdió la fe en mí, necesitaría pruebas rotundas, indiscutibles, para recuperarla.

—¿Qué va a hacer, entonces? —se interesó el banquero.

—Seguir adelante —sonrió Roy Pearson agresivamente—. Tratar de desenredar toda la madeja, antes de acudir a la ley. Y si llego al último cabo… el canalla que ha llevado a cabo este juego va a sentirlo de veras.

—Tenga cuidado —advirtió Prentiss, cordial—. No se meta en líos. En vez de resolver las cosas, puede complicarlas todavía más.

Prentiss tenía razón y su consejo fue casi un augurio de lo que más tarde iba a llegar.

Pero entonces, Pearson no sabía esto. Y por ello contestó gravemente, poniéndose en pie:

—Para bien o para mal… continuaré. Ahora con más motivos que nunca…

Capítulo IV
CABELLO PLATINO

A pesar de su pomposo nombre, el «Hotel Bahía», de Alameda, era de mala nota, y no excesivamente lujoso, aunque tampoco fuese como el repulsivo «Mac Adams» de Sausalito.

Roy se presentó, firmando con su nombre completo: Roy Lewis Pearson. Nadie le reconoció al parecer ni le relacionó con el pseudo Pearson, a pesar de que ante el juez Markham había sido todo lo contrario.

Pidió una conferencia telefónica con Richmond, estuvo hablando brevemente con un colega de aquella población, y luego pidió que le subieran los diarios de la tarde. El «botones» le atendió, sin parecer reconocerle tampoco. Una vez solo, Roy sonrió para sí con dureza. Su teoría se confirmaba. Era asombroso cómo «recordaba» la gente a alguien, si se le «estimulaba» con billetes e insinuaciones claras, tendentes a fijar la atención de los testigos en una persona determinada.

Ahora ya podía afrontar los hechos desde un nuevo ángulo. No resolvería nada recorriendo hoteles, peleando como lo hiciera en el «Mac Adams», y no sacando en limpio sino que iba por buen camino, pero sin resultados prácticos, definitivos.

Lorelei y las demás chicas del asunto habían mentido. Esas lo hicieron de un modo positivo, premeditado. Alguien las pagó muy bien para ello. Iba a llegar hasta ese alguien… a través de ellas, por supuesto.

Extrajo una pequeña agenda. Abrió, eligiendo una hoja en blanco. Allí escribió hasta cuatro nombres:

LORELEI BURTON. — *(Corista music-hall)*.
JANETTE MILLER. — *(Modelo fotográfica)*.
SUSAN PRENTISS. — *(Maniquí de modas)*.
CORA STEVENS. — *(«Strip-teaser» en «Latin Quarter»)*.

Eran sus cuatro testigos acusatorios más graves. Si variaban su testimonio y aseguraban públicamente haber mentido ante la ley, Milly creería en él. Pero esto iba a ser muy difícil. Ellas sabían que el perjurio se pagaba con cárcel. Y además, estaban las razones de índole económica. Mucho debieron cobrar por mentir.

Volvía, siempre obsesivo, incomprensible, el enigma: *¿Por qué? ¿Y quién?*

Permaneció solamente unas horas en el «Hotel Bahía». Al caer la tarde, abandonó el establecimiento, abonando su alojamiento. Ahora tenía la

prueba de que había estado allí, sin ser reconocido. Serviría posteriormente, ante un tribunal.

Regresó a la ciudad. Fue directamente a la oficina de O'Farrell Street. Su mecanógrafa, June Burke, le saludó desde detrás de la antediluviana máquina, que aporreaba con su habitual entusiasmo, especialmente al ver a su jefe entrar en la oficina. Y le avisó con voz clara:

—¡Gracias a Dios que aparece, jefe! Han llamado varias veces preguntando por usted…

—¿Por mí? —Roy miró a June Burke con sarcasmo—. ¿Está segura, June?

—¿Por qué me dice eso? Claro que preguntaban por usted.

—Ya no podré fiarme mucho, después de asegurar que yo la llamé desde Alameda en una ocasión.

—¡Naturalmente que fue usted! ¡No he mentido jamás, y mucho menos lo hubiera hecho para perjudicarle! Pero no podía cometer perjurio, jefe. Si quiere despedirme porque hube de declarar contra usted, hágalo sin rodeos y… —comenzó a incorporarse.

—Perdone, June. No quiero despedirla, ni tampoco culparla de aquello. Pero le prometo que yo jamás hice esa llamada. Fue otra persona. Alguien que imitó perfectamente mi voz… lo mismo que había imitado ya mi letra, mi firma y mi apariencia física.

La mecanógrafa le miró, vacilante. Era evidente que tampoco le creía. Nadie era capaz de creer a Pearson, desde hacía unos cuantos días. Pero él no se desanimó. Iba habituándose a ello.

—No se preocupe, muchacha —cortó—. Ya sé que no se traga una palabra, pero es la verdad. Hoy lo he comprobado definitivamente. ¿Sabe quién llamó?

—No quiso decirlo… —June respiró fuerte, como si fuera a nombrar la soga en casa del ahorcado—. Pero era una mujer.

Roy torció el gesto. Una llamada de mujer podía ser profesional simplemente. Las actrices y artistas de todo género, le llamaban con frecuencia. Pero había llegado a odiar al sexo bello.

—¿Una mujer?

—Sí. No dio su nombre. Yo, si usted no tuviera tantas dudas sobre mi oído…

—¿Qué diría?

—Que era su esposa… la señora Pearson.

Roy apretó las mandíbulas, realmente sorprendido.

Miró fijamente a la joven mecanógrafa. Advirtió en ella la susceptibilidad, si expresaba sus dudas al respecto. No lo hizo. Después de todo, June era una muchacha eficiente. Si una vez la engañaron con una voz bien fingida, no era culpa de ella.

—¿Milly Pearson? ¿Mi exmujer? —interrogó lentamente.

—Sí, señor —ella afirmó—. No estoy totalmente segura, porque hablaba con la voz algo velada, como... como si llorase o cosa parecida, no sé. Pero juraría que era ella.

—No dudo de usted, June. Después de todo, no creo que finjan también su voz. Lo que buscaba mi oculto enemigo, ya lo ha conseguido. No irá más lejos... Pero ¿por qué me habrá llamado Milly?

—Si quiere llamarla usted a ella... —June sonrió, alentadora—. Puedo informarme de su alojamiento actual y...

—No, no, June. Gracias, pero no quiero llamarla. Esperaré a ver si lo hace otra vez ella. Telefonee ahora a Dixon, del «Enterprise Theatre». Dígale que tengo que verle esta noche, acerca de ese nuevo espectáculo que preparan.

—Muy bien, señor Pearson —le vio entrar en el despacho privado, y suspiró, volviendo a aporrear las teclas de su máquina.

Roy estuvo trabajando hasta las nueve de la noche. Pero nadie volvió a llamar a la oficina. A las ocho se marchó June, después de retocarse la pintura de los labios y subirse las medias a lo largo de sus esbeltas piernas, dignas de un concurso de belleza.

Pearson abandonó toda esperanza a las nueve, y cerró la oficina, saliendo a la calle. Se había nublado el cielo, pero persistía el calor, cada vez más húmedo.

Abrió su agenda. La primera que figuraba en ella era Lorelei Burton, corista del «Embarcadero», situado precisamente en la populosa vía portuaria asomada a la bahía.

* * *

La recordaba muy vagamente del día en que se presentó al juicio. Y entonces, Lorelei Burton, la platinada rubia del «Embarcadero», se presentó con espectaculares gafas de sol, un sombrero exótico y un perrillo chihuahua entre las manos.

Ahora, vista de cerca, al otro lado de la mesa del «Embarcadero», resultaba más bonita, menos artificial, incluso con todo el maquillaje que daba a su faz aquel falso tono ocre. Un fondo que contrastaba enormemente con el tono de sus ojos claros. Melancólicamente, Roy pensó en su querida Milly al ver ante sí a Lorelei. Su belleza era menos agresiva que la de esta dama de vida turbulenta y alegre. Pero también ella tenía los ojos claros. Unos ojos que ahora no podía mirar como había mirado otras veces...

—Bueno, amigo, ¿qué es lo que quieres de mí? —preguntó Lorelei, desenvuelta, cruzando sus piernas e inclinándose hacia él. Tenía un escote profundo, tan profundo que dejó sin aliento a Roy. Además, reconoció que tenía motivos sobrados para vestir con tal atrevimiento—. Me han dicho que un cliente preguntaba por mí... y aquí estoy.

—¿Has terminado ya tu trabajo? —preguntó Roy.

—Claro —rio ella suavemente—. Termino pronto. ¿Te has perdido acaso el *show*?

—Sí, me lo he perdido.

—Pero lo habrás visto otras noches, ¿no?

—Sí —mintió Roy—. Lo he visto. Por eso te llamé. Me interesaste siempre, Lorelei.

—Ya decía yo que me resultabas conocido —le miró fijamente, y sonrió con la roja, carnosa boca sensual—. Te habré visto por aquí otras veces, ¿no?

—Seguro. ¿Puedes venir conmigo, Lorelei? Me gustaría ir a otros clubs mejores y más selectos que este… como el «Saint Francis», el «Gump's» o el «Sheraton».

Lorelei silbó entre dientes.

—¡Vaya! Te remontas alto, ¿eh, amigo?

—Mis abuelos decían que yo tendría que ser rey, para colmar mis aspiraciones. Me quedé a mitad de camino, sin embargo. De ti depende si quieres ser princesa por unas horas, y codearte con lo mejorcito de la sociedad californiana.

—¿Y a qué estamos esperando entonces? —rio ella, insinuante.

Roy Pearson se levantó. Abonó su consumición, y salió del club con la muchacha. La subió en su «Buick», que esperaba frente a los docks del «Embarcadero». Puso el coche en marcha. Junto a él, Lorelei se puso a canturrear. Al sentarse, su falda ceñida, se había remontado muy por encima de sus bonitas rodillas. La proximidad resultaba inquietante. Roy pensó que no era mala cosa una aventura con una criatura así.

Pero esto no era una aventura, sino el principio de la anulación de una supuesta y falseada aventura galante con la misma mujer.

El aire húmedo, procedente de la bahía, azotó la melena rubia de Lorelei Burton.

—¿A dónde vamos? —preguntó jovialmente—. En Telegraph Hill no hay clubs nocturnos… y parece que llevas esa dirección.

Roy no contestó. Seguía conduciendo, imperturbable, con el rostro endurecido, y la vista clavada ante sí, en la ancha franja de cemento que revelaban sus faros, Lorelei empezó a inquietarse, a juzgar por su gesto. Inclinóse hacia él, y repitió:

—Oye, ¿a dónde me llevas? Por aquí no hay locales para divertirse… ¿Qué significa esto? ¿Es que quieres divertirte a costa mía? Pues te aseguro que con Lorelei Burton nadie juega y…!

Roy Pearson frenó en seco abruptamente, y Lorelei lanzó un gemido. El coche se había parado justamente al borde de las oscuras aguas de la bahía, más allá del Ferry Building, o estación de los transbordadores de Oakland.

Se volvió hacia ella, con el rostro crispado, amenazador, iluminado violentamente por la luz del cuadro de instrumentos del coche. Habló tajante, escupiendo con virulencia las palabras:

—¡Yo soy quien no tolera que jueguen conmigo, ni me levanten calumnias cobardes y criminales, como tú hiciste, Lorelei Burton! ¡Ahora estamos tú y yo solos, y vas a confesar la verdad de todo, o te zambullo en la bahía!

—Yo… yo… —miró a Roy con ojos dilatados y una mueca de vivo terror. Su pecho, al latir desacompasadamente, hinchaba la tela ceñida de su blusa roja—. No sé a qué te refieres… ¿Estás loco? Nunca hice nada contra ti… No te conozco apenas…

—¡Mientes! —la mano de Roy se estiró, sus duros dedos se cerraron en torno a su barbilla, atrayéndola hacia sí, hincando las yemas en las mejillas —. ¡Estás mintiendo otra vez, Lorelei, como mentiste ante el juez Markham, con tu historia sobre ti y sobre mí! ¡Mírame bien ahora! ¿Me conoces? ¡Soy Roy Pearson, el hombre a quién identificaste como amante tuyo, delante del juez!

—Dios mío, no… —Lorelei retrocedió en el asiento, estremeciéndose. Miró a Roy como si este fuera el espectro de la venganza, erigiéndose ante ella, implacable—. ¡No es posible…! Ahora te… te reconozco…

—De modo que me reconoces, ¿eh? —encajó sus mandíbulas, con un ruido chirriante—. Ya es algo, preciosa. En el juicio te fue mucho más fácil hacerlo, ¿verdad? Lo mismo que a la telefonista del «Mac Adams Hotel», igual que a los empleados del Banco Comercial de Oakland y a otros muchos metidos en este lío. Vuestra memoria cambia con prodigiosa facilidad. ¡Vamos, Lorelei, canta pronto lo que sepas! ¡Estoy dispuesto a todo, con tal de llegar al fondo del asunto! ¡Y tú puedes conducirme a él…!

—Yo… no sé nada… Tal vez creí… pensé que tú…

—¡No quiero nuevas mentiras ni rodeos! ¡Es hora de que todo ese infame complot que no logro entender, salga a la luz! ¿Vas a hablar… —señaló a las oscuras aguas, al sendero costero desierto a aquellas horas—, o prefieres eso?

—¡No, no, por Dios! —se acurrucó contra él. Roy sintió el calor de su cuerpo turgente y sensual contra sí, pero no se ablandó por ello—. ¡No hagas eso, Pearson! ¡Yo hablaré… yo te contaré lo que sucede… pero, por Dios, no hagas eso!

—Muy bien —siguió con los ojos clavados en ella—. Habla, pues.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. No quiero jugarretas, pequeña.

—De acuerdo —rehízo su aspecto, se estiró la blusa, con grave peligro para la profunda V de su escote. Comenzó a hablar—: Yo no nado precisamente en dinero, Pearson. No es que hubiera hecho nada delictivo o de graves consecuencias, pero alguien me dijo que si juraba ante un

tribunal, que determinado tipo, un mujeriego llamado Roy Pearson, a quién nadie lograba coger con las manos en la masa, había tenido relaciones íntimas conmigo, cobraría quinientos dólares.

—¡Quinientos dólares! —Roy enarcó las cejas—. ¿Tanto dinero?

—Sí. Tú lo has dicho. Yo necesito dos meses para ganarme eso, en ese tugurio de donde hemos salido. No vacilé. Acepté el juego, fui y declaré. Me habían enseñado una fotografía tuya. De modo que era coser y cantar reconocerte, y señalarte sin lugar a dudas, con toda desfachatez. Eso fue todo, Pearson.

—Espera un poco. Eso no fue todo. ¿Quién te hizo la oferta? ¿Quién te enseñó mi fotografía? ¿Y quién fue contigo, en mi lugar, al «Hotel Mac Adams», para fingir el supuesto idilio de unas horas?

—Te aseguro que no puedo ayudarte en eso. Recibí la petición por Correo. Me ofrecían el dinero, y me enviaban dentro un billete de cincuenta dólares, en señal de confianza y también de garantía para mí. Había de contestar a esa carta por un anuncio en los periódicos, una cosa como por ejemplo: «Lori aceptaría empleo quinientos». Así lo hice, y recibí otra carta con doscientos dólares más. El resto, lo recibiría nada más terminado el asunto. Junto con el dinero, llegaba una fotografía tuya, con tu nombre: Roy Pearson. Nada más. Me pedían que la destruyese, pero no lo hice. Una vez declaré ante el juez, con todo mi desparpajo, recibí el resto del dinero en un sobre, sin palabra alguna en su interior.

—Muy teatral todo, pero dudo que fuese así, Lorelei. Y aun aceptándolo como bueno... ¿y tu estancia de unas horas en el «Mac Adams Hotel», el seis de junio?

—Oh, eso... Me decían que me encontraría con un actor contratado al efecto, que me acompañaría al hotel, y con quien nada debía de temer, porque se limitaría a fumar unos cigarrillos en mi compañía, en un cuarto alquilado a nombre del «señor y señora Pearson», pediría una conferencia telefónica, unos refrescos, y nada más. Un par de horas más tarde, volvería sana y salva al exterior, y no vería más a aquel hombre. Pero en público, debía de llamarle «Roy». Así lo hice.

—Muy bien —Roy se inclinó hacia ella, con el rostro tirante, como si en vez de piel, tuviera por epidermis una máscara de caucho—. ¿Y quién era él?

—No lo sé. Nos encontramos en la parada del tranvía de cable, al final de Powell Street, donde el tranvía gira en su plataforma, para volver cuesta arriba, ante el «Powell Theatre» y la casa de fotografías del 35 de esa calle.

Pearson recordó el céntrico lugar y asintió. Apremió, tajante:

—Sí, sí... pero ¿cómo era? ¿Quién era?

—No sé quién era. Le tenía que reconocer por una rosa blanca en el ojal. Vino a mí directamente, y cogimos un taxi hasta el Civic Auditórium,

donde esperaba un coche oscuro, que parecía ser suyo. Lo tomó, y me condujo hasta Sausalito. Eso es todo. El hombre llevaba gafas de sol y bigotito, pero este era falso, y se lo quitó nada más pisar el cuarto del hotel. Iba maquillado, y su estatura era similar a la tuya. Recuerdo que sin el bigote, tenía un vago parecido contigo. Pero no muy grande, esa es la verdad. Por eso en principio no te he reconocido, Pearson.

—¿Era joven?

—Puede que tuviera treinta años. Si tenía más, no los representaba. Pero ya te digo que llevaba afeites.

—Lorelei, vas a tener que declarar eso por escrito. Y firmarlo.

—¿Eh? —ella abrió mucho sus ojos, asustada—. No lo dirás en serio, ¿verdad? Ahora tienes las pruebas, puedes ir a tu mujer y...

—No bastaría. Se creería que lo planeé de acuerdo contigo. Porque, en primer lugar, soy yo el más confuso ante todo esto. No comprendo que nadie ande tirando dinero para hacer parecer lo que no es... ¡y todo contra *mí*! Es posible que tenga un enemigo capaz de odiarme hasta ese punto, pero lo ignoraba totalmente.

—Pero, Pearson, si yo firmo esa declaración... iré a la cárcel por perjurio.

—No será una pena muy grande, puesto que no era un caso criminal. Se tratará de una semana o dos. Yo te pagaré más de lo que ese canalla te dio, para compensar tu encarcelamiento. No tienes derecho a ello, pero quiere ser generoso contigo. Firma esa declaración, ven conmigo al juez, y cuando oficialmente den la versión de los hechos, Milly volverá a creer en mí. ¿Vas a hacerlo... o prefieres que te obligue por las malas? Ya te dije que estoy dispuesto a todo...

—Está bien —asintió ella, con un suspiro—. Lo haré, Pearson... lo haré por ti.

—Eres muy noble —el sarcasmo rebosaba en la dura voz de Roy—. Has dicho que conservas la fotografía... la que te enviaron para que me identificaras en el juicio.

—Sí, es cierto.

—Y las cartas... ¿también las conservas?

—Sí, también. Todo lo guardo en mi casa. Si quieres que vayamos a recogerlo, tal vez te sirva como prueba más convincente.

—¿Dónde vives, Lorelei?

—En la calle Kearny. No muy lejos de aquí. Tengo un pequeño apartamento —sonrió—. Y vivo sola, Pearson. Podríamos hacer realidad la mentira... en desagravio hacia ti.

—Tu generosidad me asombra, Lorelei... —masculló Roy.

—Es que me gustas, ¿sabes? Eres de esa clase de tipos que me gustan. Lo dije al verte en la sala del Tribunal. Lamenté que todo fuera falso.

—Eres muy amable. Supongo que todas las demás mujeres pensarían

igual que tú. Pero con ninguna existió nada. A todas debieron de pagarlas.

—Mucho tienen que odiarte para llegar a tanto contigo. ¿O pudo ser cosa de tu mujer?

—No, eso no lo creo en absoluto. Ella no puede ser culpable de esto.

—Está bien —suspiró Lorelei, viendo que Roy ponía de nuevo en marcha el coche—. Veo que aún la quieres.

—Es verdad. Por recuperarla estoy haciendo todo esto.

—No sé si decirte que eres un hombre maravilloso o un tonto. Una mujer que no tiene fe en uno, no merece que se luche por recuperarla, ¿no crees?

—Eso es cosa mía —replicó Roy. Pero la frase de Lorelei, la frívola corista del «Embarcadero», hizo mella en su interior—. No vuelvas a decir eso, por favor.

—De acuerdo, caballero andante —dijo ella, reclinándose atrás. Hinchó su torso agresivo—. ¿A dónde vamos, Pearson?

—A tu casa. Recogeremos esas cartas y esa fotografía. ¿Qué número de Kearny Street me has dicho?

—No te dije ninguno. Pero es el 422. Cerca de Pioneer Park.

Roy asintió, conduciendo en silencio. Penetró por Pacific Avenue, hasta el cruce con Kearny, y subió por esta, hasta más allá de la esquina de North Beach. Detuvo el coche ante el 422.

—Ya hemos llegado —indicó—. ¿Es ese edificio, Lorelei?

—Sí, Pearson. Ese es. Apartamento 184-R. ¿Subes conmigo o prefieres que suba yo sola?

—Prefiero no dejarte, preciosa —sonrió duramente Roy—. Vamos arriba... ¿No te molesto?

—En absoluto —rio ella, maliciosa, alisándose la falda sobre sus turbadoras curvas—. El apartamento es lo bastante grande para los dos...

No añadió más, y echó a andar ante él, contoneando las caderas frívolamente. Roy Pearson la contempló, pensativo, y pisó sus talones, camino de la entrada.

* * *

Roy y la rubia se detuvieron junto a la puerta que ostentaba las cifras y letra en gruesos caracteres plateados: 184-R, en el piso dieciocho del edificio.

Extrajo ella sus llaves del bolsillo. Un manojo, unido por un gracioso llavero con una campanita de cristalino sonido, que tintineó alegremente en el pasillo desierto y silencioso, de luces indirectas.

—Entra, Pearson —invitó ella, después de girar la llave en su correspondiente cerradura—. La luz está a la derecha.

Roy adelantó la mano en esa dirección. Tiró de un conmutador. Se encendieron las luces tamizadas del *hall,* reducido y coquetón. Un

semidesnudo de Lorelei le guiñó el ojo desde una gran reproducción del muro. Lo que uno imaginaba al verla vestida era muy superior sin ropas encima.

Ella le siguió, cerrando la puerta. Cruzó el vestíbulo, encendiendo la luz del salón inmediato. Tenía cortinas alegres, estampadas, recogidas a ambos lados.

Pero a Roy le pareció distinguir un *living,* coquetón y moderno. Lorelei se hizo a un lado, invitadora:

—Si el señor detective quiere examinar a fondo el piso, puede hacerlo —dijo, empezando a desabotonar con gesto indiferente su blusa escarlata de seda—. Yo me cambiaré entretanto, poniéndome prendas más cómodas…

Roy asintió, sin fijar particularmente su atención en la bonita muchacha del pelo platino. Ante todo, era mejor comprobar que estaban solos. No desconfiaba de Lorelei específicamente… sino de lo que ella sabía. En aquel asunto había algo que no le gustaba. Casi empezaba a sentir miedo de las razones que pudo tener su secreto adversario para desplegar semejantes medios en la creación de la tenebrosa trama.

Con el rabillo del ojo observó que la blusa roja caía descuidadamente sobre una silla del *hall.* El brazo desnudo que la depositó, se retiró de su campo visual, y Roy no quiso seguirlo. En vez de eso, cruzó el umbral del *living,* alzando ligeramente la cortina estampada.

Fue un gravísimo error. Y no solo porque perdiera la ocasión de comparar a Lorelei, en carne y hueso, con su fotografía del *hall,* sino porque, de súbito, advirtió que había alguien a un lado de la puerta, esperando la entrada de su presa.

Lo advirtió demasiado tarde. De un modo confuso, llegó a sus oídos el ahogado grito de terror de Lorelei, a espaldas suyas. Vagamente percibió su ronco:

—¡Cuidado, Pearson! ¡Oh, Dios…!

Luego, fue como si el techo del apartamento se derrumbara, estrellándose contra su cabeza. Había girado la cabeza. Pero no llegó a tiempo de nada. Ni siquiera de ver de su agresor otra cosa que unos ojos centelleantes, sobre un pañuelo que enmascaraba totalmente el rostro, hasta el puente de la nariz.

Le cayó sobre el occipucio un objeto pesado, contundente. Algo estalló dentro de su cráneo, invadiéndolo de luces. Luces que cayeron luego, formando cascada deslumbradora ante sus ojos.

Se derrumbó, con la consciencia vaga de que gemía algo entre dientes. Pero ni él mismo sabía lo que era. En el *hall,* el grito de terror de Lorelei Burton se repitió.

Pero Roy Pearson no vio ni oyó más. Chocó contra el pavimento sin notarlo.

Y se hundió en la silenciosa oscuridad.

Capítulo V
LLAMA LA MUERTE

Podía llevar cien años así. No tenía la menor idea del tiempo transcurrido.

Pero se dijo que tal vez sería algo menos lo que había durado su sopor forzoso. Al moverse en el suelo, la cabeza le dolió de un modo horrible. Seguían encendidas las luces del apartamento, y su cabeza dio vueltas. Sintió náuseas. Vomitó.

Sintióse mejor después, y fue incorporándose, apoyando sus manos en el linóleo. El *living* danzó ante él como si estuviera vivo. Finalmente, se paró, después de cerrar y abrir sus ojos media docena de veces.

Se llevó la mano a la nuca. La retiró mojada de algo viscoso, casi seco.

Era sangre. Le dolía mucho al tocarse. Miró su reloj. Con la caída, no se había parado. Tenía las tres. No, no eran cien años. Pero sí unas cuantas horas. Bastantes horas. Debían de ser las tres de la madrugada. Esperaba que de la misma noche en que tuvo la malhadada idea de acompañar a una rubia estupenda a su apartamento.

¡Oh, cielos, qué idiota había sido! Se lo repitió cien veces, hasta convencerse de que, efectivamente, era un retrasado mental sin remedio alguno. No se debía de entrar en piso ajeno, y menos si era el de una mujer como Lorelei Burton.

Ahora era tarde para lamentarse. Pero en cambio, la asociación de ideas le recordó a Lorelei. ¿Dónde estaba ahora? Miró en derredor.

Ni en el *living,* ni en el *hall.* No estaba en ninguna parte. En cambio, vio la blusa roja de seda. Había resbalado de la silla. Estaba bajo la fotografía ligera de ropas, al pie de la silla misma. Se inclinó a recogerla, a pesar de que eso le volvió a marear.

Tomó la blusa. La examinó, perplejo. Tal como se había quedado vestida, Lorelei no podía ir muy lejos en una ciudad, ni siquiera a las tres de la mañana.

Soltó la blusa. Entonces se miró la mano, con verdadero horror. ¡Estaba roja, totalmente enrojecida, desde la punta de sus dedos a la muñeca!

Sintió que se erizaban los cabellos de la nuca. Inclinóse de nuevo hacia la blusa. La volvió, tocándola ahora con cautela. Seguía siendo roja en su parte posterior. Pero estaba húmeda, empapada en algo, tan rojo como la propia seda, pero más oscuro, más siniestro…

¡Sangre!

No podía ser de su herida. Él había caído en el *living,* lejos de aquella prenda. Parecía haberse utilizado la blusa para limpiar algo

ensangrentado. Pero no su cabeza, estaba seguro de ello.

Junto a la puerta, algo yacía en tierra. Un llavero con una campanilla colgante. Al rozarla con el pie, tintineó en el apartamento vacío y silencioso. Roy se estremeció. ¿Qué había ocurrido en el apartamento mientras él yacía inconsciente? ¿Y la mujer del pelo platino?

La puerta seguía cerrada. Pasó de nuevo al *living*, tambaleándose. Lo cruzó. El aire fresco, húmedo, le hizo bien. Respiró a fondo. Luego, ese mismo aire le sorprendió.

Venía de una ventana al fondo, abierta por completo. Una cortinilla se agitaba, con la brisa de Telegraph Hill y del mar. Se acercó a esa ventana. Dilató sus ojos, al ver en el suelo, junto a la ventana, otra mancha oscura, densa y reseca. Observando el dibujo del linóleo con mayor atención, apreció la hilera de gotitas menudas, oscuras, hasta terminar en la mancha de la ventana.

Dominando su aprensión creciente, asomóse por esta. Daba a una calleja oscura, alumbrada por un solo farol, a cosa de unas treinta yardas del edificio. Bajo la ventana, el rellano de una escalera de emergencia, que descendía a la calle con metálicos tramos, hizo aumentar sus sospechas. Iba a retirarse de allí, cuando vio brillar algo en la superficie del rellano. Saltó a horcajadas sobre el alféizar de la ventana, pisando el exterior. Se inclinó, recogiendo lo que aparecía en el suelo.

Era una cadena de oro, no muy gruesa, con una chapa de igual metal, vulgarmente conocido como un «No me olvides», de esos que llevan grabado el nombre de su dueña. Roy, sintiéndose poseído de un frío extraño, acercó la pieza a la ventana, leyendo en ella a la luz del *living*.

Solamente aparecía un nombre grabado con sencillez en la placa ovalada de metal:

LORELEI.

No cabían dudas. Por allí había salido ella. Y por allí había ido el rastro de sangre que nacía en la blusa de seda roja. La idea era espeluznante. Comenzó a bajar las escaleras. Encendió un fósforo un instante, un par de plantas más abajo, examinando los escalones metálicos, entre dos pisos. Fue solo un momento, para no alarmar a nadie.

Un nuevo escalofrío le sacudió. Había más gotas oscuras, siniestras, a lo largo de la escalera. Descendían como un reguero que para cualquier otra persona pasaría inadvertido.

Roy siguió avanzando con cautela, sin hacer ruidos que alarmarían al vecindario, provocando un conflicto. Finalmente, alcanzó la calleja en sombras. Se acercó al bordillo de la acera. Junto a un montón de basuras, de las que escapó un gato con un maullido de ira por la interrupción, Roy advirtió en el suelo, húmedo y ligeramente fangoso, las huellas de un

neumático. Al fondo, la calle más iluminada en que desembocaba el pasaje posterior, aparecía desierta.

De súbito, su corazón pegó un vuelco. Sobre las basuras removidas por el felino vagabundo, había algo demasiado nuevo y brillante para formar parte de esos desperdicios malolientes.

Lo tomó, contemplándolo fijamente. Era un zapato de mujer. De alto tacón, de raso rojo y puntera aguda, con hebilla plateada. Lorelei llevaba esos zapatos aquella noche.

Ahora no cabían dudas. Se la habían llevado en un coche. Pero ¿viva... o MUERTA?

Miró hacia lo alto. El rectángulo iluminado de la ventana del *living,* en el piso dieciocho, destacaba como un enigmático, siniestro ojo abierto a la noche en una torva faz.

Pensó en subir de nuevo, en registrarlo todo. Pero era inútil. Y peligroso.

Si Lorelei Burton había tenido algo realmente valioso, como aquellas cartas anónimas y su fotografía, el intruso no habría ido con el solo propósito de darla un susto, sino a por algo. Tal vez a por todo aquello.

Porque algo era evidente: él había ido con Lorelei de una forma imprevista. Por ello, el intruso no podía saber que ella vendría acompañada de Roy Pearson.

Era ella la persona esperada. O tal vez sorprendieron al ladrón en plena tarea, cuando buscaba esas pruebas.

El asunto empezaba a dejar de ser un simple caso legal de separación para cobrar tintes más graves y tenebrosos. Una agresión... y tal vez algo más...

Lorelei podía haber sido raptada con vida, aunque herida seriamente. Y la pulsera y el zapato, ser simples rastros dejados por ella para que supiera alguien lo que sucedía. O el visitante de medianoche pudo llevarse un cadáver... y caer de este el zapato al llegar al suelo, tras haberse enganchado su pulsera en la barandilla del rellano.

Todo eso eran tonterías. La verdad se veía tan confusa...

Regresó lentamente a la calle Kearny, rodeando el edificio. Había metido el zapato en su bolsillo, y la cadena en otro. Avanzó hacia el «Buick», que seguía en su sitio, frente a la entrada del edificio. Un papel amarillo ondeaba, sujeto al parabrisas.

Maldijo al agente de tráfico. Se había estacionado ante una boca de incendios sin advertirlo. El agente, al pasar, le había multado.

Pero eso no era lo peor. Si algo grave le sucedía a Lorelei, la policía estaría pronto enterada de que el coche de Roy Pearson había estado aparcado casi toda la noche frente a su residencia.

Un sudor frío humedeció su frente, y goteó por sus mejillas. Roy se tambaleó, antes de abrir la portezuela y meterse en el coche. Las cosas se

estaban poniendo feas. Y cada vez más oscuras...

Se alejó lentamente, y no aceleró hasta llegar a Pioneer Park, cuyas sombras densas y verdes rodeó, junto a las verjas, eligiendo Grant Avenue para bajar hasta California Street.

Siguió esta durante un trecho, dobló a la altura del «Hotel Mark Hopkins», y por Mason descendió a encontrar la O'Farrell, para entrar finalmente en Van Ness, y frenar ante su propio apartamento.

Respiró aliviado al verse ante él. Cerró el coche con llave, y entró en el edificio, tras utilizar la llave de la puerta. Era de esas casas que no tienen conserje y cuya puerta de la calle, en caso de no tener llave, solamente se abre llamando a un piso, desde el que abren automáticamente.

Subió a su apartamento. Entró en él, y al cerrar la puerta, respiró hondo. Se apoyó de espaldas en ella. Era como haber huido de un infierno. Dentro del bolsillo, el zapato rojo parecía abrasarle. Lo extrajo, depositándolo sobre un mueble.

Apartó de él su vista fascinada, evitó mirar al hueco del retrato de Milly, y entró en el *living,* para servirse un largo trago de *whisky*. Lo estaba necesitando más que nunca.

Pero nunca completó su movimiento hacia el bar del rincón. Se detuvo como petrificado, igual que si le hubieran asestado un terrible golpe en el rostro, un mazazo brutal y estremecedor.

El color huyó de su rostro. Vaciló sobre sus pies, teniendo que apoyarse en la pared para no caer. Miró con horror infinito a la figura tendida junto al canapé rojo.

Aquella mujer... *¡aquella mujer, tendida sobre la alfombra, inmóvil y rígida!*

Yacía boca arriba, extrañamente encogidas sus piernas. El rostro frío, amoratado, los ojos vidriosos, desorbitados, clavados en el techo... Las manos agarrotadas, arañando con desesperación postrera la alfombra en que yacía...

—Dios mío... ¡Dios mío, no...! —jadeó, estremecido, trémulo, sintiendo que el mundo entero se hundía en torno suyo—. ¡MILLY...!

Era Milly, su esposa... Y una bufanda de seda blanca, una bufanda de Roy Pearson, se enroscaba, mordía mortalmente su cuello violáceo, hinchado...

Estaba muerta. Estrangulada.

* * *

Demasiado. En demasiado poco tiempo.

Esa era justamente la impresión alucinante de Roy Pearson, cuando se abatió, sobre el tapizado escarlata del canapé, encogido sobre sí mismo, sacudido por un sordo, violento histerismo que solamente su recia voluntad impidió que brotara tumultuosamente al exterior.

Primero, la desaparición de Lorelei Burton, una de las cuatro mujeres que podía ayudarle con su revelación. Después… ¡Milly, su propia esposa!

¿Cómo había llegado al apartamento que fuera de ellos dos? ¿Quién pudo apretar en torno a su cuello el lazo mortal de seda?

Y de nuevo la misma interrogante anterior, la misma pregunta obsesiva, ahora agigantada por el impacto trágico de un crimen abominable: ¿POR QUÉ?

Debieron de transcurrir minutos y minutos. Acaso media hora. Roy no tenía ya la menor noción del tiempo, ni le importaba demasiado. ¿Qué era lo que podía importar ahora…? ¿Ahora, que había muerto Milly?

Se incorporó lentamente. Inclinóse sobre ella. Rozó su faz helada con la punta de sus dedos. Sintió que algo húmedo se agolpaba a sus ojos. Después de todo, la había amado. Acaso la amaba todavía, aunque, como dijera Lorelei, Milly cometió el error de no tener fe en él. Y había sido su esposa.

—Milly, yo… —respiró fuertemente, antes de seguir.

—Yo te juro que no descansaré hasta ver al culpable en la silla eléctrica… por lo que te ha hecho.

Apartóse de Milly. Su mirada recorrió extraviadamente el *living*. Vio un bolso de mujer, abierto, sobre la mesa. Tenía dos iniciales en metal, sobre la piel color escarlata: M. P., Milly Pearson… a pesar del divorcio. Tal vez había creído en él más de lo que pareciera.

Por algo fue al apartamento que fuera de ambos. Por algo llegó allí, a no ser que la condujeran, ya cadáver, al piso. Y Roy no creía en eso. El bolso parecía confirmar su idea. Lo examinó, sin tocarlo. Vio la barra de *rouge,* con estuche dorado, el espejo, la polvera, el peine y su funda de piel, también color grana. Unas llaves, un pañuelo que olía a jazmín. El perfume predilecto de Milly.

June debía de haber oído bien esta vez. Fue ella quien le llamó insistentemente a la oficina, por alguna razón. Luego, se personó en el piso, siempre buscándole. Y allí la había sorprendido la muerte.

El asesino llamó, y ella abriría, creyendo que era Roy. O acaso ya estaba dentro. Había ganzúas para todo. De igual forma había entrado en el piso de Lorelei.

Igual método… ¿por qué no *igual persona*? El hombre del rostro enmascarado…

Roy recordó un viejo refrán. Decían que era un proverbio chino: «El cartero siempre llama dos veces. La Muerte, como el cartero, también llama dos veces, antes de que la abran».

Esta era la llamada segunda de la Muerte. La primera tuvo lugar en el 422 de la calle Kearny. La segunda… aquí, entre sus propias paredes, en su apartamento. De Lorelei, nada sabía aún. Pero de Milly, sabía demasiado. Sabía que estaba muerta. Que alguien la había estrangulado con uno de sus

propios pañuelos de seda.

Y siempre igual. Siempre la misma incógnita: ¿por qué…? ¿Quién?

Allí no encontraría la respuesta. No esperaba hallar las huellas que los detectives de las novelas tienen siempre a su alcance. Ni cabellos, ni pisadas del criminal, ni nada de eso. Son cosas que no se dan en la realidad, o se dan muy rara vez.

Avanzó hacia el teléfono lentamente. Tenía que avisar a la policía. No iba a ser una prueba fácil. No podía explicar nada de nada, y la policía nunca se conforma con la ignorancia de un testigo. Pero no había muchas más cosas que hacer.

Descolgó el teléfono. Marcó el número del Departamento Central de Policía de San Francisco. Pidió a la centralilla la Sección de Homicidios. Allí, alguien dijo:

—No se retire, por favor. Le pongo con el sargento Garrett.

La voz que sonó poco después, dura y firme, debía de ser la del sargento.

—¿Dígame? Aquí Sección de Homicidios. ¿Quién llama?

—Roy Pearson, sargento. Resido en Van Ness Avenue, 573. Se ha cometido un asesinato en mi piso. Vengan enseguida, por favor.

—¿Un asesinato? ¿Conoce a la víctima?

—Sí. Había sido mi esposa… hasta ayer al mediodía —colgó, sin añadir más. No hacía falta, después de todo.

Luego, se sentó de nuevo, sin apartar sus ojos de Milly. A esperar. No podía hacer otra cosa que esperar…

Capítulo VI
JESSIE

Los fogonazos estallaron por doquier. Roy cerró los ojos, huyendo de los disparos fotográficos y el centelleo del *flash*. El forense, indiferente y apático, pasó junto a él, comentando con voz insípida:

—… Debió de ocurrir sobre la una o las dos de la madrugada, a juzgar por el *rigor mortis*. Concretaré más cuando hagamos la autopsia, sargento… Sí, claro, estrangulada…

Salió, cerrando de un portazo. A Roy le pareció demasiado violento. Como una falta de respeto a la pobre Milly. Miró hacia ella. Solamente vio una sábana. Debajo, estaría su cuerpo rígido y sin vida.

—Vamos, amigo, serénese —dijo alguien a su lado. Una mano fuerte le palmeó en la espalda. El sargento tenía fuerza—. Son cosas que ya no pueden remediarse. Encontraremos al que lo hizo. Era su esposa, ¿verdad?

—Sí, lo era… pero ya no.

—Eso le oí por teléfono. ¿Divorcio?

—Sí.

—Eh, espere. Usted no será ese Pearson, agente teatral, que se divorció porque su esposa le acusaba de engañarla con un montón de chicas bonitas, ¿no?

—Lo soy. Pero jamás hubo engaño, sargento. Todo fue un cúmulo de mentiras. Estaba ahora investigando todo eso… cuando me he encontrado a mi mujer aquí.

—Leí su caso en los periódicos. Mi mujer me lo comentó a su modo. Según ella, los tipos que engañan a una mujer como era la suya, son capaces de todo. Pero ya sabe cómo son las mujeres cuando se trata de atacar al marido de otra. Discutí con ella sobre eso.

Roy miró con una vaga sonrisa al sargento Garrett. Era ancho, musculoso y rudo. Su faz recordaba la de un boxeador retirado. Tenía la nariz aplastada y los ojos demasiado juntos. Parecía un bruto, pero las pupilas poseían inteligencia. No debía de ser ningún tonto.

—Gracias, sargento —dijo débilmente—. Pero su mujer tenía razón. Si yo hubiera engañado a Milly, sería un canalla sin perdón posible. Todo ha sido una horrible conspiración contra mí… algo que no he logrado entender todavía.

—Me ha dicho usted que encontró a su esposa, muerta dentro del apartamento, a eso de las tres y media. ¿Son sus horas habituales de regresar a casa, desde que viven separados?

—Pues… no —musitó Roy, tras una vacilación—. Lo cierto es que

estaba descentrado. Di vueltas y vueltas por ahí… sin rumbo fijo.

—Ya —la explicación no satisfizo demasiado a Garrett, y Roy lo comprendió—. ¿Tenía ella las llaves del piso todavía?

—Debía de tenerlas. Lo cierto es que nunca pensé en pedírselas, ni ella me las dio. Fue todo tan rápido, tan… confuso.

—Entiendo. Ella entró en el piso. ¿Acompañada de alguien, tal vez?

—No sé —Roy ponderó por vez primera esa posibilidad—. Es posible…

—¿La bufanda de seda ha dicho usted que es suya?

—Sí. Incluso lleva mis iniciales bordadas en un extremo. Solamente la utilizaba para funciones de gala, homenajes y todo eso, con un abrigo oscuro. Acostumbraba a estar en mi armario, o colgada de la percha del recibidor.

—Sin duda, en esta ocasión, estaba colgada en el recibidor —gruñó el sargento—. Es lo más lógico, dado lo sucedido. Antes del divorcio… ¿habían tenido ustedes alguna pelea conyugal?

—No… —le miró, ligeramente alterado—. Ya sé a dónde va a parar. Imagina que yo le he mentido. Que volví antes a casa, que la maté con mi bufanda, en una discusión, y luego salí a recorrer la ciudad, volviendo más tarde, ¿no es así?

—Es usted muy crudo refiriendo las cosas, señor Pearson.

—Odio los subterfugios. Pero lo que usted sospecha es monstruoso. Yo jamás hubiera hecho el menor daño a Milly. Y, a poco que pueda, ayudaré a que su asesino se siente en la silla eléctrica… ¡o le mataré con mis propias manos, si tengo ocasión!

—Domine sus impulsos, amigo. ¿Sabe por qué he pensado en esa idea monstruosa a que usted alude? Porque eso explicaría que hubiera habido lucha.

—¿Es que hubo lucha?

—Sin duda. Algunos muebles han sufrido arañazos recientes, la alfombra se arrugó, y movió de su posición inicial, pero todo eso lo disimuló hábilmente el asesino. También hay algunas sillas que dejaron su huella en el linóleo, y eso significa que se arrastraron con cierta violencia. Además… la teoría justificaría también su herida de la nuca, señor Pearson.

Roy se llevó vivamente la mano al corte producido por el objeto contundente en casa de Lorelei. Se estremeció. Casi había olvidado todo aquello. Como el hecho de que aún llevaba en su bolsillo una cadena y una placa con el nombre de la rubia.

¡Y el zapato rojo había quedado en el *hall,* cuando llegó a casa!

Miró angustiado hacia allí. Todavía estaba sobre el mueble donde lo dejara. A la policía no le costaría comprobar, cuando se fijara en él, que no era un zapato de Milly. Acaso habría un par de números de diferencia entre unos y otros. Milly siempre tuvo el pie pequeño.

—Oh, esto… —dijo, con la mente fija en aquel zapato rojo—. Es… es un

puro accidente. Me golpeé... con algo en la calle. Tropecé y caí, golpeándome en unos hierros. Casi perdí el conocimiento.

—Esa herida es para perder el conocimiento —apuntó Garrett, secamente—. Si no se desvaneció, es usted de hierro. He visto muchas heridas, y sé lo que digo.

—Lamento defraudarle, pero lo soporté —mintió Roy, sintiendo una humedad pegajosa en las palmas de sus manos—. Soy bastante fuerte, sargento.

—Ya —Garrett no comentó más. Roy estaba seguro de que advertía que él ocultaba algo, y empezaba a perder paulatinamente su confianza en él. Pero también creía Roy que si le refería los sucesos de aquella noche, todavía empeoraría más las cosas, y el policía no le creería una sola palabra. El sargento estaba preguntando ahora—: ¿Sabe usted si su esposa tenía enemigos?

—Ninguno que yo le conociera. En San Francisco, además, llevaba poco tiempo.

—¿De dónde era ella?

—De Portland, Oregón. Se llamaba Milly Mac Coy. Tiene una hermana llamada Jessie, y tenía otra, de nombre Helen, que murió en un accidente de aviación, en Europa. Creo que Jessie Mac Coy va a venir un día de estos. Ella podrá informarle mejor sobre la vida de Milly en Oregón, anterior a su casamiento conmigo.

—¿Llevaban mucho tiempo de casados, Pearson?

—Año y medio, sargento. Hacía dos años que nos conocimos, durante un viaje mío a Portland, para presentar allí un espectáculo teatral de esta ciudad, en gira por provincias.

—Ya... —Garret parecía tener especial estimación hacia este monosílabo, porque lo repetía con frecuencia. Miró fijamente a Roy, con sus ojillos. Eran inteligentes y agudos, no cabía duda—. ¿Y usted, Pearson? ¿Tiene *usted* enemigos?

—Hasta hace muy poco, estuve convencido de que no los tenía.

—¿Y ahora está convencido de lo contrario? ¿Por qué?

—Porque alguien derramó dinero a manos llenas, para tejer una abominable telaraña en torno mío. Esas chicas con las que pretenden que tuve yo enredos íntimos, esos hoteles, sobornados o engañados por un falsario, que depositó una fuerte suma en un banco de Oakland, para gastarla alegremente dándosela a las chicas que fingían sus amores conmigo... Todo se hizo para hundir mi felicidad, sargento. Como ahora se ha hecho esto: asesinar a la mujer que yo quería, a la única a quién amé en mi vida con auténtico amor.

—¿Cree que todo puede ser obra de una misma mano, Pearson?

—Podría serlo, sí —Roy no pensaba solamente en Milly, sino en Lorelei Burton. Pero esto no lo sabía Garret—. Estoy convencido de que la misma

mano criminal y cobarde anda detrás de todo ello…

—Fingir adulterio no es igual que asesinar a un ser humano, Pearson.

—Sargento, una vez leí algo en un libro. No recuerdo cuál es, pero sí lo que decía aquel libro. Hablaba sobre los humanos. Y decía que aquel capaz de escribir un anónimo, de engañar en una mezquindad o de hacer daño a alguien que no se lo ha hecho previamente a él, es un alma tortuosa, capaz de todo mal. Y que por una pequeña vileza, se llega al crimen, sin que su autor sepa encontrar diferencia entre ambas cosas, por ausencia del sentido de la proporción.

—Esa es una teoría filosófica, moral o clínica, que varía según las personas, Pearson —objetó Garrett—. A la policía no puede servirle de axioma. Esto pudo hacerlo alguien ajeno a ese complot que usted alude.

—Yo no lo creo así.

—Bien, dejemos eso —Garret estudió a Roy con calma—. Está usted fatigado. ¿Por qué no se retira a descansar? Aquí no conseguirá otra cosa que crispar más sus nervios, y eso nos perjudicará a todos. Me gustaría que hoy por la mañana estuviera usted bien para hacer la declaración oficial en el Departamento Central. Ahora, los muchachos de Sanidad se llevarán… a su esposa, y no es agradable asistir a ello.

—A pesar de ello, quiero quedarme —sostuvo Roy—. Después iré a dormir un par de horas, si me es posible.

—Está bien, haga lo que le parezca —se encogió de hombros el sargento, dirigiéndose a los fotógrafos de la policía, para indicarles lo que tenían que hacer, una vez fotografiado el cadáver, en el resto de las habitaciones de la casa.

Pearson juzgó que ese era su momento. Llegóse hasta el *hall,* caminando despreocupadamente, con las manos en los bolsillos. Tenía que recuperar aquel zapato rojo, con hebilla plateada. A toda costa.

Cruzó el pórtico con cretonas, repletas de rosas rojas. A Milly siempre le había gustado este color. A Roy, ahora, le repugnaba. Evocaba sangre…

Estaba solo en el vestíbulo. Avanzó presta, silenciosamente, hasta detenerse junto al mueble donde aparecía el zapato de raso escarlata. Estiró los dedos, lo aferró.

Con un suspiro de alivio, se dispuso a meterlo en el bolsillo de su amplia americana deportiva. Fue entonces cuando la voz sonó junto a su oído, sobresaltándole:

—Es muy amable, Pearson… Gracias por ayudarnos a buscar indicios. ¿Quiere darme ese zapato, por favor?

Sobresaltado, Roy volvióse hacia el sargento. Había llegado con tanto o más sigilo que él, hasta el pequeño recibidor. Antes de que pudiese reaccionar, los cortos, macizos dedos del policía, le arrebataron con suavidad la prenda. Lo contempló detenidamente, bajo la mirada aprensiva de Roy. Al no comentar nada, este aventuró:

—Ese zapato… debía de ser nuevo. Nunca se lo vi a Milly…

—Su esposa no traía zapatos rojos, Pearson —observó lentamente Garrett, mirándole con fijeza por encima del raso escarlata—. Son color salmón, y lleva puestos los dos. No hay más pares suyos en la casa. Su armario está vacío, ¿no es cierto?

—Sí… —Roy reflexionó—. Tal vez tenía unos zapatos así y no lo advertí. Vendría a por él, supongo y lo dejó ahí antes… antes de ser atacada…

—La idea sería plausible… si no fuera porque este zapato en modo alguno puede ser de su esposa. ¿No ha observado que tiene al menos un par de números más?

—¡Cielos, sí! —musitó Roy, dominando su contrariedad y fingiendo sorpresa—. ¿Cómo pudo, entonces, llegar aquí?

—No lo sé. Supongo que el culpable no será una mujer y habrá tenido la feliz ocurrencia de dejarnos un objeto de su pertenencia en el escenario del crimen. Además de resultar altamente improbable, nadie pierde un zapato sobre un mueble. Lo observé antes, pero no tuve prisa en venir a por él. Veo que usted también lo vio.

—Ciertamente… y me chocó su presencia en el recibidor.

—Sí, no hay duda que le dejó muy confuso —sonrió inocentemente Garret—. Casi estuvo usted a punto, en su confusión, de metérselo en un bolsillo…

Roy se quedó sin aliento. El sargento no tenía nada de tonto, desde luego. Y no se le escapaba nada de cuanto ocurría en derredor, a pesar de su aspecto rudo y ausente.

No sabía lo que hubiera llegado a decir, de no mediar entonces algo providencial.

Zumbó el llamador de la puerta, atrayendo la atención del sargento hacia allá. Garrett se volvió, ceñudo, dirigió una fugaz ojeada a Roy, y avanzó pesadamente hacia la puerta. El zumbador llamó de nuevo, con insistencia.

El sargento abrió de golpe. Una figura apareció en el umbral, recortándose contra la luz lívida de la mañana, que se filtraba ya por los ventanales del corredor del edificio.

Pearson la reconoció en el acto.

—¡Dios mío! —jadeó roncamente, retrocediendo un paso—. ¡Jessie!

* * *

Jessie Mac Coy, la hermana menor de Milly, tenía un sorprendente parecido con la asesinada. De ser más oscuro su cabello color oro viejo, y algo menor su estatura, hubiera sido casi idéntica.

El sargento Garrett se quedó contemplando a la joven que, con un vestido de viaje rojinero, y una maleta de piel de foca, permanecía

plantada en la entrada, con la vista fija en Roy Pearson, en su demacrada faz.

—¿Jessie ha dicho? —el policía la estudió con mayor interés—. ¿Jessie Mac Coy?

—Sí, la hermana de Milly —dijo lentamente Roy.

Jessie penetró en el recibidor, con expresión alterada, inquieta. La luz de un *flash*, centelleando en el interior de la casa, se reflejó en sus pupilas celestes.

Ella giró hacia allá la cabeza un solo momento. Luego, miró a Roy con avidez.

—¡Roy! —exclamó—. ¿Qué es lo que sucede? ¿Qué significa ese coche de la policía, parado en la calle, ese agente que me ha permitido subir, al darle mi nombre...? ¿Y toda esa gente en casa? ¿Qué ocurre, Roy?

El sargento se anticipó a las palabras de Pearson. Avanzó hacia la joven, y declaró con gravedad:

—Soy el sargento Garrett, de la Policía de San Francisco, señorita Mac Coy. ¿Acaba de llegar usted de Oregón?

—Sí... He venido por carretera, en mi coche. ¿Qué es lo que pasa, sargento? ¿Qué hace usted aquí?

—Lamento darle malas noticias, señorita —siguió Garrett—. A su hermana le ha ocurrido algo...

—¿A Milly? —ella abrió mucho los ojos. Estaba pálida, bajo el suave maquillaje habitual en Jessie—. ¡Oh, no! Dios mío, Roy, ¿qué le ha pasado a Milly? ¿Un accidente?

—Algo peor, Jessie —ya era Pearson quien hablaba ahora. El sargento había cerrado la puerta tras la joven—. Ella ha venido esta noche a casa, mientras yo estaba ausente... Alguien la atacó, Al parecer hubo lucha. Milly debió de resistir...

—¡Roy! —demudada, se apoyó en un mueble—. Roy, no pretenderás... no pretenderás... decir que Milly... que Milly está...

—¿Muerta? —Roy asintió lentamente con la cabeza—. Jessie, has de ser fuerte. Esa es la verdad. Entra, si quieres. No es un espectáculo agradable... pero tienes derecho a verlo.

Jessie intentó hacerlo. Soltó su maletín de viaje, se dispuso a entrar.

Pero antes de hacerlo, le flaquearon las piernas. Cayó en brazos de Roy.

—Se ha desmayado —dijo roncamente Pearson—. ¿La llevamos adentro, sargento?

—Naturalmente —Garrett observó cómo Roy la alzaba entre sus fuertes brazos, y la conducía a la alcoba. La tendió en uno de los lechos. El sargento, tras él, contempló pensativo a la joven inconsciente. Su mirada fue a los pies de Jessie Mac Coy—. ¿Ha observado alguna vez eso, Pearson?

—¿El qué? —Roy se volvió, interrogante.

—La hermana de Milly Pearson tiene el pie mayor que su esposa… y calza zapatos rojos. Curioso, ¿eh?

Roy enarcó las cejas, sorprendido e irritado con el policía. Pero este se limitó a sonreír, saliendo de la alcoba. El joven se quedó a solas con la desvanecida Jessie.

Guardaba una petaca de brandy en la mesilla. La encontró allí, y vertió unas gotas por entre los contraídos labios de la joven. Ella empezó a reanimarse. Su seno comenzó a respirar agitadamente, bajo el punto rojo y negro de su vestido ajustado.

Jessie era algo más alta que Milly. Roy la había conocido a ella, antes que a Milly. Pero fue más decidida esta, y el noviazgo llegó impensadamente. Al parecer, Jessie no se preocupaba demasiado por su futuro conyugal. No era de las que agobiaban a los hombres, buscando su compañía o sus relaciones. Acaso por ello, resultaba siempre una buena compañera, a quién se acogía gustosamente.

Abrió los ojos, en una faz pálida, desencajada. Miró primeramente al techo de la habitación. Luego, a Roy. Sus labios, en los que el *rouge,* suave y tenue, se despegaba por la extrema palidez de la piel, modularon palabras roncas:

—Roy… ¿es cierto…? ¿Ha muerto Milly?

—Sí —afirmó Pearson—. La estrangularon, Jessie. Es horrible, pero cierto. No sabemos quién pudo ser. Nadie sabe nada de nada.

—Dios mío, si parece imposible —movió de un lado a otro su cabeza en la almohada—. Estrangulada ella… que no tenía enemigos, ni nadie que la odiara.

—Así es, Jessie. La mataron de un modo cruel, cobarde…

—Roy, ¿me permites una pregunta?

—Hazla.

—Quisiera saber sí… si tú no la odiabas por… por todo lo ocurrido.

Los ojos claros se clavaban en él. Como si quisieran horadarle.

—Sé lo que piensas, Jessie —dijo lentamente Roy—. Y no te culpo por ello. Tú me has hecho una pregunta. Yo te daré una respuesta: seguía queriéndola igual. Me dolió su falta de fe, eso es todo. Pero jamás le hubiera hecho el menor daño. Es más, destrozaría entre mis manos, a la persona que fue capaz de tal infamia, sin la menor compasión.

—Te creo, Roy… Gracias. Por eso te hice la pregunta. Sabía que cuando me respondieras, yo descubriría si mentías o no.

—Gracias a ti, Jessie. Si la policía fuera igual, no tendría nada que temer.

—¿Temer? —el llanto se agolpaba en los ojos de Jessie Mac Coy, pero era una muchacha muy entera, y se dominaba—. ¿Qué puedes temer tú?

—No lo sé, Jessie. Pero terminarán sospechando de mí… si es que no sospechan ya.

—Roy, estabas divorciado ya de ella. ¿Por qué ibas a hacerle daño? Mi pobre hermana… Ella vino aquí, a tu piso. Por tanto, confiaba en ti. ¿No basta eso?

—Para los policías hay muchas cosas que no bastan, en un caso de asesinato.

—Dios mío, Roy. Me parece imposible. ¿No sería algún salteador, alguien que quiso robar el apartamento, y se encontró con ella? No concibo a nadie, atacando a Milly, por odio o por un motivo similar.

—Pudo ser un salteador, sí. Pero no han robado nada. Claro que, asustado de su crimen, pudo escapar. Sin embargo, tampoco lo creo. Han ocurrido tantas cosas que tú ignoras, Jessie… Cosas horribles, en poco tiempo. Hay algo siniestro, horrible, en todo lo que nos sucede…

Jessie no respondió. Estaba incorporándose lentamente. Se apoyó en el lecho, una vez en pie, y Roy le tendió el frasco de brandy. Pero ella denegó con una triste sonrisa.

Luego, avanzó hacia la puerta que comunicaba con el *living*. Habló poco:

—Voy a verla, Roy… Tengo que verla… aunque sea por última vez.

Pearson no dijo nada. Jessie Mac Coy salió al *living*. Poco después llegaban a sus oídos, los sollozos ahogados, rotos, de la recién llegada.

Capítulo VII
EL SEGUNDO TESTIGO

Roy terminó su relato. Jessie Mac Coy, que había cambiado sus ropas de color, por un sencillo traje negro, recién adquirido, estudió a Roy con su rostro tan pálido como en el momento mismo en que supo lo ocurrido.

Se hallaba en la oficina de Roy. June Burke había llegado puntualmente a su trabajo, pero Roy la permitió volver a su casa, suspendiendo la labor del día, June expresó su dolor por lo sucedido, y se marchó.

Ahora, Jessie y su doncella Carol, una joven pelirroja de Oregón, que la acompañara en el viaje, con el «De Soto» de la joven Mac Coy, se encontraban con Roy en la oficina. Y la sorprendente historia había terminado.

—Roy, tenemos que descubrir quién ha planeado todo esto —dijo Jessie, gravemente—. Estoy segura de que dices la verdad. Lo primordial es encontrar a Lorelei, lograr que confiese lo que hizo. Y la policía buscará entonces al hombre que se hizo pasar por ti.

—No va a ser fácil dar con él. Tampoco lo será convencer a la policía de que una cosa tenga relación con otra.

—¿Por qué no les has referido tu aventura con la rubia platino? No hubo nada en ella que pueda caer sobre ti… Estás en tu derecho de buscar la verdad, allí donde se esconda, si ellos no quieren ayudarte.

—Me creerían responsable de la desaparición de Lorelei también. Y eso, unido a la muerte de Milly, supone todo un cúmulo de acusaciones contra mí. Necesito tiempo, Jessie. Tiempo para poner en orden mis ideas, para trazarme un plan de batalla, para buscar, buscar y buscar, incesantemente. He de dar con el final de esta madeja, ¿comprendes? No ya por mí mismo, sino por lo que Milly significó para mí. No me gusta imaginarme que ella vaya a yacer enterrada, mientras su matador disfruta alegremente de la vida en alguna parte.

—Dios mío, Roy. ¿Crees que puedes llegar a alguna parte tú solo?

—Aún no lo sé. Tengo que llegar, eso es todo —miró Jessie fijamente —. ¿Vas a comunicar a tus padres lo sucedido?

—Es preciso —suspiró Jessie—. Va a ser un golpe muy rudo para ellos, y también para tío Herman, que vive en Alemania. Él nos quería mucho a todas. A Milly, a mí y a Helen. Ya sufrió su primer golpe cuando enteró de que Helen encontró la muerte al estrellarse el «Superconstellation» París-Berlín. De eso hace ya casi un año. Y ahora… tiene que ocurrir esto.

—¿Es Herman Mac Coy, el presidente de la «German Mac Coy's Factory»?

—Sí, Roy. ¿Te habló de él, Milly? —sonrió, con cierta tristeza—. Es fabulosamente rico, pero siempre ha estado muy distanciado de nuestros padres. Riñeron hace años, y jamás han vuelto a hacer las paces. Tío Herman lleva sangre alemana en las venas, y es muy obstinado. Pero nos quiere sinceramente. Va a sufrir mucho.

—Todos sufrimos. Y eso no es más que el principio. Ahora, la autopsia, la Prensa, las investigaciones policíacas… Todo eso será muy desagradable y muy doloroso, Jessie.

—Lo sé, Roy. Seremos fuertes, y lo soportaremos con firmeza. Pero ¿qué vas a hacer después, para reiniciar tus pesquisas? Con la desaparición de Lorelei, te quedas virtualmente en un callejón sin salida…

—Aún hay una salida, Jessie. Se llama Cora Stevens, y se desviste ante el público en la pista de un tugurio situado en el Latin Quarter.

—¿Es otra de las mujeres que declararon contra ti, Roy?

—Sí. La segunda en mi lista. Espero tener más suerte que con Lorelei…

—Ten mucho cuidado. Hasta ahora, investigabas un juego sucio simplemente. Ahora… se trata de un asesinato. Si ahondas demasiado y alguien lo advierte, tu vida puede correr peligro.

—Ya lo he pensado —Roy sonrió con tristeza—. Será una emoción nueva correr tras la sombra de un asesino. Solo pido tiempo. Tiempo y suerte…

* * *

Se llamaba «Fisherman». Pero contra lo que el título pudiera señalar, no tenía el menor motivo marinero por parte alguna.

La puerta era estrecha, bañada en una intensa luz verdosa, que le convertía a uno en una especie de fantasma verde, de rostro espectral. Luego, unos escalones, más propios de una bodega, conducían al local situado bajo el nivel de la calle. La luz seguía siendo fantasmal, pasando por los tonos violeta, azul y rojizo, en un juego infernal de luces y colores, propios de un aquelarre.

Olía a sudor, a humo y a tabaco. También a humedad. Cinco negros sudorosos, epilépticos, se retorcían, mientras interpretaban una versión sincopada y rabiosa de «Down by the riverside». Sus chaquetas de hilo blanco, aparecían empapadas de transpiración en las espaldas y axilas.

Una mujer cantaba con mala voz en la pista, ante un público vociferante, que parecía muy divertido con sus nulas dotes artísticas. El final de la canción, fue acogido con estridentes silbidos, aplausos burlones y gritos estentóreos.

Sin embargo, la orquesta negra inició otra pieza. Por un altavoz demasiado fuerte de volumen, una voz pastosa anunció:

—¡Y a continuación… la reina del «strip-tease»! ¡La estrella máxima del Latin Quarter… Cora Stevens! ¡«La Alegre Cora», que va a ofrecerles a

ustedes toda su gracia, picardía y esplendorosa belleza!

Un clamor acogió el anuncio. Evidentemente, eso les gustaba más. Una cortina lateral se abrió, vomitando al centro de la pista, una figura femenina, envuelta en una capa azul y blanca, cuajada de lentejuelas centelleantes. Grandes aplausos acogieron a la artista.

Ella comenzó a bailar y a cantar, mientras se despojaba de la capa. Debajo, llevaba un vestido de larga falda, cuyo rumbo se podía imaginar fácilmente. Pronto iría detrás de la capa, comenzando el «strip-tease».

Todos los ojos se centraban en la figura femenina, iluminada por una docena de focos. Tenía peor voz que la anterior. Pero eso parecían perdonárselo a Cora Stevens, porque en ella admiraban otra clase de «arte».

Roy Pearson sorbió un trago más de su combinado. Estaba en la primera hilera de mesas, con la vista fija en la artista. No movía un solo músculo de su rostro. Siguió sin moverlo cuando ella comenzó a lanzar prendas por la pista. Era una auténtica virtuosa de su oficio, pero a Roy no le gustaba aquella clase de arte.

Cora llegó ante su mesa, cuando se despojaba de una de las últimas piezas. El panorama era realmente sugestivo, pero a Roy no le interesó. Seguía con los ojos fijos en ella, en su rostro simplemente. Sin bajar la vista una sola vez.

La «strip-tease» advirtió su presencia entonces. Le miró, como irritada por la helada indiferencia del hombre. Algo ocurrió en su faz entonces. Cora Stevens palideció ostensiblemente. Retrocedió dos pasos, sin dejar de mirarle, e hizo tarde al compás de la música, para arrancar su siguiente pieza. Ya no le quedaban muchas sobre el cuerpo.

Pero a pesar de ello, la gente esperaba a que se desprendiera de ellas. Cora no lo hizo. Resultó evidente que cortaba su número, sin completarlo. Silbaron los presentes, con estrépito, cuando ella abandonó la pista, en dos piezas, a estilo de un «bikini».

Roy se incorporó. La orquesta atacó otra pieza, para ahogar con música sincopada y frenética, las protestas de la gente. Las cortinas se cerraron detrás de Cora, mientras algunas parejas comenzaban a salir, para danzar por la pista.

Pearson la atravesó a la carrera, camino de aquellas mismas cortinas. Penetró como una tromba en el pasillo de los camerinos. Dos hombres vestidos de *clowns,* le miraron con cierta indiferente curiosidad. Roy siguió adelante, hasta encontrar una puerta cerrada. Había una estrella de plata, con el nombre burdamente escrito debajo, con tinta azul: CORA STEVENS.

No llamó. Abrió la puerta de un tirón, entrando en el camerino. Cora gritó. Ahora sí que había completado el «strip-tease», pero Roy no se inmutó. Mientras ella se cubría con una toalla manchada de maquillaje, un hombre salió a su derecha.

Vestía camisa negra, ancha corbata blanca, pantalón oscuro, y tenía el pelo tan cuidadosamente recortado, que parecía un «gigoló». Posiblemente lo era.

—¡Maldito entrometido! ¡Le voy a...! —comenzó, abalanzándose sobre Roy. Llevaba un cigarrillo encendido entre los dedos, y lo empujó hacia la cara del joven, para quemarle la mejilla.

Roy eludió el abrasador contacto, y aferró una silla que había junto a él, estrellándola contra el individuo sin contemplaciones. El tipo rodó por el suelo, mientras las partes de la silla se dispersaban por la pieza. Se quedó inmóvil, boca abajo, con un buen golpe en la cabeza.

Cora Stevens, con otro grito, corrió hacia la puerta, para salir al corredor. Roy la aferró al vuelo, cuando lo intentaba, y tiró de ella con tal violencia, que la mujer fue por un lado y la toalla por otro.

—¡Aquí quietecita, pequeña! —masculló Roy—. De lo que queriendo escapar, ¿eh? Señal de que tu conciencia no está muy limpia, Cora Stevens. ¿Y ese tipo te guardaba las espaldas? ¿Es tu hermanito mayor?

—¡Salga de aquí! —silabeó ella, sin molestarse en cubrir su aspecto de Eva en el Paraíso, con el rostro contraído de furia—. ¡Váyase, maldito! ¡No tengo nada que ver con usted! ¡No sé de qué me habla, ni por qué ha venido aquí esta noche!

—No me digas —Roy soltó una dura, breve risa—. Eres todo un angelito de bondad y pureza, ¿verdad, preciosa?

Avanzó hacia ella, que yacía sobre un baúl y un montón de vestidos, provistos de cremalleras y de cierres-relámpago, para sus exhibiciones en el «Fisherman». Ella se encogió, atemorizada.

Roy la aferró sin contemplaciones por su larga cabellera oscura, y la atrajo hacia sí, comenzando a abofetearla sin contemplaciones. Cora gimió, lloriqueando a cada nuevo bofetón. La mano de Roy restallaba sobre la mejilla femenina como un látigo.

Cuando se hubo cansado de golpearla, la atrajo todavía más, hasta encararse con su aterrorizada faz, y gritó roncamente:

—¡Vamos, Cora Stevens! ¡Vas a hablar, y deprisa! ¡Dime quién te pagó, maldita víbora, para declarar contra mí! ¡Dilo todo, y ven luego conmigo a la policía, o te destrozo aquí mismo! ¡Tú conoces al tipo que te pagó para mentir! ¡Estoy seguro de que le has visto antes, o de que puede informarme! ¡No tendré más paciencia con nadie, te lo aviso!

Ella asintió, frenética, mirando a sus espaldas un segundo. Roy lo advirtió. Soltó de un brusco empellón a la mujer, giró a tiempo de eludir un terrible impacto con la botella que esgrimía el tipo de la camisa negra, y le sepultó los dos puños, en rápida sucesión, contra el estómago, en el momento en que el otro hacía añicos la botella contra un biombo.

Luego, Roy le lanzó un rodillazo brutal al rostro, machacó su cara de dos mazazos de través, y le lanzó como un pelele contra el tocador. Este se

derrumbó, aplastándose el espejo sobre la cabeza, impecablemente peinada, del «gigoló». Quedó inmóvil, ahora para un largo espacio de tiempo.



Lo arrojó contra el tocador violentamente

Cora Stevens, sollozando, seguía en un rincón, con «rímel» corrido a grandes churretes por el rostro, y su exultante belleza, convertida en la

pobre apariencia de un monigote ridículo y derrotado.

Jadeando, Pearson regresó junto a ella. La miró con asco y le arrojó algunas prendas de calle, que arrancó de un colgador, sin contemplaciones.

—Toma —dijo—. Ponte esto, y vente conmigo, Cora Stevens. No tengo mucho tiempo para perderlo contigo.

Ella asintió, sollozando, y se vistió en cosa de un minuto. Al parecer, la música de la sala, se bastaba para ahogar incluso, el estrépito de la pelea en el camerino, porque no vino nadie a informarse de lo que sucedía.

Vestida, y con un leve maquillaje sobre el rostro, Cora Stevens pudo pasar algo mejor. Roy la tomó con firmeza por un brazo, abrió intrépidamente la puerta del camerino, y se alejó con ella, siguiendo la dirección de una flecha y una indicación: «Stage Door».

Alcanzaron la puerta posterior o del escenario. Daba a una calleja oscura y poco frecuentada, donde abundaban cajas de botellas de licor vacías, toneles y unas cuantas cosas más, todas para desperdicios.

Roy Pearson no soltaba a Cora. Tenía aparcado su «Buick» frente a la puerta del escenario. Había previsto todo, para aquella visita. No le sorprenderían de nuevo, como en el caso de Lorelei Burton. Aunque no se podía decir tampoco que la técnica utilizada en uno y otro caso, hubiera sido la misma.

La metió a empellones en el coche, y él se sentó a su lado. Empezó a conducir y la interrogó secamente:

—Bueno, Cora. Verás que no soy hombre para andarse con rodeos. Estoy esperando a que empieces a hablar. Y si tardas mucho, creo que vas a sentirlo, mucho más que la vez anterior, preciosa.

Cora hipó, dominando nuevos sollozos. Ocultó la cabeza y musitó:

—Yo… yo no quería hacerlo… Pero ellos me convencieron.

—*¿Ellos?* —Roy se puso rígido—. ¿Es que hay más de uno?

—Claro —ella le miró con sus grandes ojos dilatados—. Y tú lo sabes, no te hagas de nuevas. ¿Crees que un hombre solo, puede llevarlo todo a cabo? Cuando Gordon vuelva en sí, telefoneará a Durkin, y las cosas se complicarán más. Te buscarán hasta matarte, ya lo verás.

—Ya veremos quién mata a quién —replicó fríamente Pearson—. ¡Desembucha de una vez, bruja! ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo les has conocido? ¿Quiénes son ellos?

—Una tiene que encontrar otros trabajos para vivir. Desvestirse ante un público, da menos de lo que muchos creen. Si acepté trabajar en el grupo, fue por eso. Yo me cuido de introducir los billetes en el mercado, y ellos me pagan por eso. No hay nada complicado en ello. Pero cuando Durkin sepa esto, también querrá matarme a mí.

—Espera un momento —Roy pegó un frenazo al coche, y se quedó mirando con ojos muy abiertos a la joven—. ¿De qué mil diablos me sales hablando ahora? ¿Qué demonios tengo yo que ver con los billetes y todo

eso?

—Pero... pero, ¿no es por eso por lo que me preguntas? Por el negocio de Durkin, de Gordon y los demás...

—No sé de qué negocio me hablas, aunque empiezo a imaginarlo. Tú has pensado que yo soy un policía o cosa así... y que te busco por otras razones, ¿no, monada?

—¿No eres de los *G-Men*?

—Claro que no —Roy apretó los labios—. Me llamo Roy Pearson. ¿Te dice eso alguna cosa, encanto?

—¡Pearson! —la otra dilató sus pupilas, llena de estupor—. ¡Roy Pearson! ¡El que...!

—Sí, el que se divorció por culpa tuya, encanto. El que pasó contigo una tarde inolvidable en Alameda, en el bonito «Hotel Bahía». ¿Tan ingrata eres que me olvidaste?

—Pero... pero... ¡Oh, Dios mío! —sepultó el rostro entre las manos, sollozando de nuevo—. ¡Es eso! ¡Y yo que creía...!

—No creas tanto. Has equivocado la trayectoria, hijita. Es posible que te cacen los federales, por eso del dinero, que supongo será bonitamente falsificado por tus amigos. Pero yo busco otra cosa: la razón de que declarases contra mí. No me conocías. Ahora, incluso, creíste conocerme, pero por razones distintas. ¿Cómo pudiste identificarme, entonces, con tanta seguridad en el juicio?

—Yo... yo también recibí dinero por eso...

—¿Quinientos dólares?

—Sí —le miró sorprendida—. ¿Lo sabes?

—Sé muchas cosas. Pero me faltan las más importantes. Espero que me las digas, o te destrozo entre mis manos. ¿Sabías que la persona que te pagó por eso... ha estrangulado a mi esposa esta noche pasada?

—¡No! —el horror crispó la faz de Cora Stevens. Ya, ni siquiera parecía bonita—. Eso... no es posible... Dios mío, no... ¡Asesinada!

—Así es. La mataron porque tal vez descubrió algo... Algo que tú sabes ahora. ¡Algo por lo que pueden también matarte en cualquier momento! Y por lo que no vacilaré en matarte yo mismo, si no hablas...

—Está bien —susurró Cora Stevens—. Hablar de eso, después de lo que imaginé contigo y la moneda falsa, no tiene gran importancia... para mí al menos. No me asustan las amenazas a largo plazo. Son Durkin y su pandilla, los que me asustan.

—Entonces, empieza pronto. Estoy perdiendo la poca paciencia que me quedaba...

—Un cliente que venía siempre al «Fisherman», noche tras noche y desde hacía más de dos meses, entabló amistad conmigo. Yo traté de pasarle moneda falsa, pero él la descubrió. Es un tipo serio, ¿sabes? Listo como una ardilla, y duro como pocos. Me propuso un negocio mejor y más

seguro que pasar moneda. Por una hora de trabajo, quinientos dólares. Yo acepté, pero queriendo saber qué trabajo era. Solo consistía en inscribirse, en compañía suya, como «señor y señora Pearson», fumar unos cigarrillos, charlar un rato, y marcharnos. Yo no me fie de eso, pero resultó ser verdad. Creí que estaba chiflado, cuando dijo que aquello era la primera parte del plan. La segunda era aún más fácil. Presentarse ante un juez, y asegurar que determinado tipo era el tal Pearson. Me dio una fotografía para que la estudiase. Era tuya, ¿sabes? Ahora la recuerdo bien. Me pareció arriesgado, pero solamente había cobrado la mitad de lo convenido. No era cosa de perder el resto. Conque lo hice. Te señalé, sin lugar a dudas. Me dijeron que eras un tipo que pagaba por todo eso, para librarte de tu mujer. Por eso te guiñé el ojo al señalarte. Luego, reflexionando, comprendí que no podía ser de esa forma. Pero ya era tarde para arrepentirse. Olvidé el asunto. Hoy, al verte, te confundí con otro hombre que he visto en fotografía: el inspector federal Haycox. Pero no os parecéis. Solamente, que ambos estabais en mi mente por distintos motivos… y os confundí en mi terror.

—¿Ese hombre a quién te refieres… te pagó los quinientos dólares?

—Sí.

—¿Le conoce personalmente?

—Sí, Pearson. Le conozco.

—No lo asegures demasiado pronto. Ese hombre ha fingido ser yo mismo, iba caracterizado…

—Eso era en el hotel de Alameda. Yo lo he visto sin caracterizarse.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—La noche que me dio el último plazo. Lo hizo dentro de un coche. Me pareció que no iba solo, pero eso no puedo jurarlo. Se ocultaba cuanto le era posible en la sombra. Pero entonces pasó un coche inoportuno, le iluminó con sus focos, y yo le vi claramente el rostro, a pesar de que se ocultó rápidamente, levantando una mano. Podría identificarle en el acto, en cuanto le viera ante mí, o me mostrasen una fotografía suya.

—Es lo que quería saber, Cora —pisó el acelerador, después de haber puesto en marcha el coche—. Vamos. Te llevaré a dónde quieras. Y mañana mismo, acudirás adonde yo te diga, para declarar eso ante un juez y la policía, y…

—¡Cuidado, Pearson! —chilló ella, súbitamente, volviéndose—. ¡Un coche! ¡Nos sigue!

Roy miró vivamente por el espejo retrovisor. Era cierto. Un automóvil, oscuro y grande, iba tras ellos, sus faros le deslumbraron, cayendo con fuerza sobre el «Buick».

Viró Pearson, frenético. Pero no podía hacer nada, porque el coche avanzaba hacia ellos vertiginoso, implacable, como un monstruo negro, de ojos centelleantes, surgido de la noche.

De súbito, la calle despoblada, se llenó de estruendo. Empezaron a saltar los vidrios hechos añicos, el metal se abolló, agujereándose bajo un diluvio de balas. Roy dio un empellón a Cora, se tiró él mismo al suelo, bajo el asiento. Cora cayó sobre él, tras acurrucarse contra una portezuela. Roy susurró, mientras el tableteo de la ametralladora rugía creciente, pasando junto al coche, acribillado a balazos.

Desgarróse el tapizado del asiento, se astilló el volante, destrozóse el cuadro de instrumentos, empezó a humear el radiador, acribillado. Pasó el otro coche como una centella, perdiéndose en las sombras.

El «Buick» de Roy se quedó medio volcado contra una cerca de ladrillos, con el motor ardiendo. Era cuestión de momentos que la gasolina hiciera explosión, destrozando coche y ocupantes.

Roy Pearson se sentía totalmente ileso. Tras un segundo de espera, siseó a Cora:

—¡Vamos, salgamos de aquí antes de que nos hagamos pedazos!

Pero Cora no se movió. Roy trató de hacerlo por ella. Pesaba horriblemente. Algo goteó sobre sus manos. Las miró, al resplandor del fuego. ¡Sangre! Horrorizado, se irguió con un colosal esfuerzo. Al hacerlo, empujó el cuerpo inerte de Cora, que se quedó sentado en el asiento, ante el volante. Tenía los ojos vidriados, la faz estirada… y la seda de su traje veraniego, puesto simplemente sobre su piel, bañado en sangre. Estaba muerta.

Roy logró abrir una portezuela. El fuego se acercaba al depósito de gasolina. Tuvo el tiempo justo de salir del «Buick». Dentro, quedó Cora Stevens, sin vida. Cuando Roy hubo recorrido un breve trecho por las callejas del Latin Quarter, no más de cincuenta yardas, a sus espaldas se desgajó, con una llamarada viva y rugiente, su coche color verde manzana. Se arrojó Pearson a tierra, entre basuras y agua fangosa.

Sintió el calor del estallido, tras él. Los fragmentos candentes del «Buick», cayeron cerca, en lluvia peligrosa. No le tocó más que uno, y sintió el olor a tela quemada, sobre su chaqueta.

Levantóse, siguiendo la retirada agazapado. Se sacudió la quemadura de la chaqueta, apagándola. Apenas si recorrió un breve techo, antes de que surgiera ante él, un coche-patrulla de la policía, haciendo ulular su sirena. La luz de los faros cayó sobre él, iluminándole. Roy se paró, apoyándose en un muro, y alzó una mano, indicando que no pensaba huir.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó un agente, saltando a tierra, mientras los demás corrían al lugar de la explosión—. ¿Qué sabe usted de esos disparos y de la explosión?

—Dispararon con ametralladora sobre mi coche —jadeó Roy Pearson—. Busquen a un tal Durkin, que falsifica moneda… Él lo debió hacer. Y él mató a la chica que venía conmigo, porque pensó que iba a delatarle. Un tal inspector Haycox, de los federales, sabe también algo de esto.

—¿Quién es usted? —quiso saber el policía, desconfiado.

—Me llamo Roy Pearson. Buscaba algo que no tenía relación con billetes falsos. Pero tanto da. A ella la silenciaron… absolutamente para todo. Ni el F.B.I., ni yo, sacaremos de la pobre Cora Stevens, una sola palabra más…

Desalentado, inclinó la cabeza. El policía, excitado, descolgó el teléfono del coche, comenzando a llamar al Departamento Central. Roy Pearson le escuchó en silencio.

Su última esperanza acababa de morir con Cora Stevens. No tenía medio ninguno de probar la inocencia suya en el juicio por divorcio. Ni, por tanto, la seguridad de que Milly había sido asesinada por el mismo hombre que pagó a Lorelei, a Cora… Había otras dos chicas, pero esas tenían menor importancia. La Prentiss y la Miller, apenas si habían intervenido.

Ahora, ya todo daba igual. Nunca podría zafarse de aquella maldita tela de araña, tejida por un ser diabólico, para perderle.

Esperó pacientemente. Cuando, minutos más tarde, se detuvo otro coche policial, junto al anterior, el hombre que primero bajó de él, era el sargento Garrett, de Homicidios.

Capítulo VIII
NUEVOS FACTORES

El sargento escuchó atentamente. Al final, inclinó la cabeza, poniéndose en pie. Puso agua en un vaso de papel, que llevó a Roy. Se sirvió él otro, mientras Roy bebía ávidamente.

—¿Por qué tuvo que meterse en líos, Pearson? —interrogó el sargento, volviendo a su asiento del despacho de Homicidios, en el Departamento Central—. Eso es cosa nuestra. Usted ha provocado la muerte de Cora Stevens. No quiere eso decir que el tal Durkin no la hubiera eliminado más tarde, pero precipitó los acontecimientos. El inspector Haycox ha ido ya a identificar a la chica. Ahora buscan a Durkin, el jefe de la organización de falsificadores. Gordon, el enlace a quién usted batió a golpes en el «Fisherman», está ya cazado. Posiblemente, el F.B.I. piense en condecorarle por todo eso. Pero a mí no me gusta.

—¿Por qué, sargento? Tenía que buscar la razón de todo esto. Si alguien mintió en el juicio contra mí, era por alguna razón.

—Ahora no tiene importancia eso. Es la muerte de su mujer la que nos ocupa.

—¿Cree que me olvido de eso? Ambas cosas están relacionadas, lo sé.

—Yo también creo saberlo —suspiró inesperadamente Garrett—. Solo necesito unos datos para proceder en consecuencia.

—¿Eh? —Roy le miró fijamente—. ¿Qué es lo que dice?

—Pearson, una mujer ha desaparecido: Lorelei Burton. ¿Qué sabe de ella? Declaró contra usted en el juicio por divorcio.

—Ya lo sé. Ignoro dónde puede estar.

—Es curioso —el sargento rodeó la mesa, clavando en él sus ojos duramente—. Anteanoche, usted aparcó su coche frente a la casa de Lorelei Burton. Y no estaba en él, cuando a las dos treinta le fue impuesta una multa por un agente de Tráfico. Hemos ido a casa de Lorelei Burton. Está desierta. Pero había una blusa con sangre, otras manchas de sangre también, pero ni rastro de Lorelei. Se ha seguido el rastro de ella, sin encontrarla. Debieron llevársela por la escalera de incendios. Hay huellas de una mano manchada de sangre en la ventana posterior. La mano de un hombre. Tenemos esa huella, y nos falta encontrar al dueño de ella. ¿Sabe que el número de calzado de Lorelei Burton coincide con el del zapato que usted encontró en su propia casa? Y encontramos otros zapatos también rojos en su guardarropa...

—¿Qué pretende decirme con todo eso, sargento?

—Solamente lo que le he dicho —habló lentamente el policía,

irguiéndose con un suspiro—. Es curioso que a todas las mujeres que actuaron contra usted en ese juicio les suceda algo.

—¿Pretende acusarme de algo?

—Aún no —dijo suavemente Garrett. Demasiado suavemente tal vez. Sonrió con dureza—. Buscamos a Lorelei Burton. Supongo que le interesará saberlo.

—Claro. Cuando la encuentren, tal vez se ponga todo en claro. Deseo saber quién fue el canalla que sobornó a esa gente contra mí, contra Milly… y, posiblemente, sepa también quién la estranguló.

—Es lo que yo ando buscando, sobre todas las cosas —Garrett le miraba muy fijo—. He estado hablando con su cuñada, la señorita Mac Coy. Tiene mucha fe en usted.

—Jessie es una buena chica.

—Sí, eso parece. Por cierto que no sale de malas noticias de un tiempo a esta parte.

—¿Qué quiere decir, sargento? —se sorprendió Roy.

—Oh, es cierto. Usted no lo sabe aún. Claro que no conocía a Herman Mac Coy, ¿verdad?

—¿El industrial establecido en Alemania?

—Eso es. Con factorías metalúrgicas en Berlín y Fráncfort. Un hombre muy rico, que estaba reñido con los Mac Coy de Oregón. Pero no con sus sobrinas, por supuesto.

—No, a ellas las quiere mucho… —Roy se detuvo, mirando al sargento —. Un momento. ¿Por qué habla en pasado al referirse a él? ¿Qué le ha sucedido?

—Ha muerto —declaró inesperadamente el sargento—. Un ataque cerebral.

—Dios mío… ¿Y Jessie lo sabe?

—Ha sido informada hoy. La muerte tuvo lugar hace dos semanas. Pero a veces estas cosas llevan tiempo de trámites, para informar a los parientes.

—¿Dos semanas? —Roy Pearson respiró hondo—. Pobre Jessie. Todo le cae a la vez…

—Bueno, después de todo, también le caen cosas mucho más agradables.

—¿Qué cosas?

—El testamento de Mac Coy especifica claramente que su dinero es para sus sobrinas, las hijas de Hal y Wanda, de Portland, Oregón. Caso de fallecer alguna de ellas, pasará íntegramente a la que quede viva. En cualquier caso, menciona una cláusula especial que, por ser soltero y sin familia, y guardar eterno rencor a sus parientes, solamente permite que sus millones vayan *a una de sus sobrinas*, y de fallecer todas, pase a una institución benéfica alemana y otra americana…

—¡Es monstruoso!

—Es el testamento de un hombre frío y despiadado, simplemente. De tal modo, ahora tenemos a su cuñadita Jessie Mac Coy, como heredera absoluta de una fortuna que se calcula en más de tres millones de dólares. No todo son infortunios para ella, ¿eh?

Roy no respondió. Atónito, estaba pensando en aquel enorme e increíble legado de Herman Mac Coy. Y, sin saber por qué, le llegó a la mente una frase específica del sargento Garrett: «Murió hace dos semanas...».

La muerte parecía haber escogido una temporada de intensa actividad en torno suyo, pensó, sumergido en ideas encontradas y confusas. Le aturdía pensar también en una Jessie poseedora de tanto dinero. Dinero que hubiera sido de Milly y de ella por partes iguales, en el caso de haber vivido Milly.

—Tengo que ver a Jessie y felicitarla —dijo sordamente Roy—. ¿Puedo retirarme, sargento?

—Sí, váyase —Garrett lanzó un gruñido—. ¿Acaso va a pretender a la linda heredera?

Roy Pearson le lanzó una fría, irritada mirada, ya junto a la puerta.

—Esa insinuación es baja y miserable, sargento —declaró con dureza—. No deseo dinero, y mucho menos de Jessie. Lo único que deseo es saber quién mató a Milly y por qué. Pero me tiene sin cuidado que usted me crea o no...

Salió, cerrando de un portazo.

Nada más alejarse Roy por el pasillo del Departamento, el teléfono del sargento sonó. Garrett descolgó, con un bostezo, el auricular. Inquirió con monotonía:

—Sección de Homicidios. El sargento Garrett al habla. ¿Dígame?

—Sargento, le llama el agente Purcell, desde Fisherman Wharf, frente a la bahía. Hemos encontrado un cadáver de mujer en el agua. ¿Puede venir inmediatamente, señor?

—¡En el acto! —el sargento colgó el receptor de golpe, y se lanzó a la carrera hacia su americana, que se puso vertiginosamente. Luego, salió apresuradamente de su oficina.

* * *

—Es cierto, Roy. Las desgracias parecen no venir solas.

—Sí. O, como el proverbio chino dice, «el cartero siempre llama dos veces» —suspiró Pearson, oprimiendo con energía una mano de Jessie Mac Coy, trémula y nerviosa—. Lo de tu tío Herman, después de lo sucedido a Milly, es horrible...

—Sí. En otras circunstancias, creo que hubiese llorado mucho al pobre tío Herman. Pero ahora, dentro del dolor de lo de Milly, esto casi carece de

importancia ya. Lo lamento por tío Herman, pero nada más. Apenas le había visto nunca, y… eso siempre mitiga el golpe.

—¿Cómo te has enterado de ello, Jessie?

—¿Es que el sargento no te ha informado, Roy?

—Se me olvidó preguntarle el medio que tuviste de saberlo.

—Registraron el apartamento que Milly había tomado en la Tercera, tras su planteamiento del divorció contigo. Allí encontraron un extenso cablegrama dirigido a ella, y fechado en Berlín, comunicando la muerte del tío, detallando la fecha del fallecimiento, cláusulas del testamento y todo eso.

—¿Milly tenía ese cable? —Roy sintió que la cabeza le daba vueltas. Había algo en todo aquello. Algo que quería apresar, sin conseguirlo—. ¿Cómo no te lo comunicó? ¿Por qué nadie sabía nada?

—Al parecer, lo recibió el día mismo de su muerte, a mediodía.

—El día de su muerte… —Roy frunció el ceño. Aquel «algo» crecía en su mente. Pero sin materializarse, sin cobrar forma definida—. Jessie, ¿erais solamente vosotras dos las beneficiarías?

—Claro, Roy. El testamento se refiere a «las sobrinas de Herman Mac Coy». Solamente tuvo tres sobrinas en toda su vida: Helen, Milly y yo. Helen desapareció de la escena, y Milly también. Únicamente quedo yo ahora. ¡Oh, Roy, es terrible sentirse heredera de una fortuna así… a costa de tres vidas!

—De eso, nadie tiene culpa. Lo de Herman fue muerte natural, lo de Helen un infortunado accidente… y lo de Milly, un asesinato.

—Tú lo has dicho, Roy. ¿Comprendes lo espantoso que debe parecerle al mundo que una herede tres millones, después de morir asesinada una hermana?

—Jessie, el mundo no debe importarte. Y mucho menos, con esos millones. Hablarán envidiosos, egoístas y necios. No les hagas caso. Tú… tú ni siquiera…

—Ni siquiera estaba en San Francisco cuando murió Milly, ¿no quieres decir eso? —sonrió tristemente Jessie—. ¿Lo ves, Roy? Sin decírtelo yo, has formulado justamente la excusa que muchos alegarán. Pero no creo que sea capaz de demostrar a nadie que esa noche la pasé viajando por la carretera de la costa, después de haberme tomado un descanso diurno en Eureka, porque me gusta más viajar de noche. Dormí en mi propio coche cuando paré en Eureka. Esas cosas nunca pueden demostrarse sin lugar a dudas, Roy. Dirán que pude llegar antes a San Francisco y…

—¡No digas atrocidades, Jessie! —Roy la silenció con la mano sobre su boca—. El que hizo lo de Milly no fue por la fortuna de tío Herman. Existe otro motivo más oscuro en todo esto. El mismo que les indujo a provocar nuestro divorcio tan diabólicamente.

—Pero, Roy… ¿cuál puede ser ese motivo? ¡Carece de sentido que todo

esto nos ocurra a nosotros!

—Todo carece de sentido desde un principio. Pero debe tenerlo. En algún lugar de este maldito rompecabezas, está la pieza que es la clave de todo. ¡Si yo la encontrara…!

—Por favor, Roy, no vuelvas a las andadas. Ya has visto lo que te sucedió las dos veces que buscaste la verdad. La misma muerte parece seguir tus pasos, para tapar la boca de la que te puede ayudar.

—Sí. Una muerte que siempre elige mujeres… —suspiró Roy—. Como si le gustara vestirse con las sedas femeninas…

—Por Dios… —se estremeció Jessie—. No digas cosas tan horribles. Cosas así causan verdadero terror, Roy… Yo soy mujer…

—No temas. A ti te protegeremos… —sonrió, palmeándola suavemente la cara—. Te protegeré yo si es preciso, hermanita… aunque hasta ahora no haya tenido mucho éxito con las demás…

—Yo confío en ti. Pero ahora vete a dormir, Roy. Lo necesitas urgentemente. Cada día se advierte más la fatiga en tu rostro.

—Sí. Creo que voy a ir a la oficina, y diré a June que no me verá en una semana. Buena chica June. Nunca protesta, aunque le deje todo el trabajo para ella…

—¿Tu secretaria?

—Sí.

—¿Es bonita?

—Mucho. Y muy inteligente, aunque yo a veces me burle de ella. En fin, Jessie, te dejo. Cuídate mucho. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en San Francisco?

—Esperaré a los funerales por Milly. Luego… ya veré, Roy.

—Si quieres seguir un consejo mío, vuelve a Oregón. Aquí hay algo que huele a podrido, pequeña.

Agitó su mano cordialmente, y salió de la estancia cerrando tras sí. Se cruzó con Carol, la doncella de Jessie, en el vestíbulo. Además de ser pelirroja, tenía otras peculiaridades anatómicas bastante respetables. Cuando Roy salió, estaba ajustándose una media, tal vez casualmente… o tal vez no. Le sonrió con coquetería, tan inclinada, que su escote resultaba sumamente peligroso.

Pero Roy empezaba a sentirse fatigado de ver mujeres bonitas en las últimas horas. La palmeó con un cachete suave en la cara y le dijo por encima del hombro, camino de la salida:

—Adiós, preciosa. Tienes una carrera en la pierna derecha. ¿La has visto?

Ella miró hacia allí. Roy sonrió cansadamente, saliendo del apartamento de Jessie.

* * *

June Burke le estudió con aire pensativo. Luego comentó:

—Ha venido a preguntar por usted el abogado de la señora Pearson, Frank Turner.

—Ese cochino traidor... —Roy enarcó las cejas—. Que se vaya al diablo.

—También su propio abogado, Graynes. Dijo que aún no había cobrado su labor para usted.

—¿Sí, eh? ¿Con lo que hizo en mi defensa? Otro que puede acompañar a Turner al mismísimo infierno.

Antes de entrar en su despacho, June sonrió con picardía.

—¡Ah! Y hubo un tercer visitante... que está ahora en su despacho.

—¿En mi despacho? —aulló Roy, mirándola enfurecido—. ¡Usted sabe que no quiero que nadie se meta en mi despacho estando yo ausente! Voy a tener que despedirla si...

—Despídame si quiere —sonrió plácidamente June Burke, echando atrás su cabellera bien peinada—. Pero no puedo negarle la entrada a un inspector federal, señor Pearson.

—¿Federal? —Roy pegó un respingo. Miró a la puerta esmerilada—. No se llamará Haycox, ¿verdad?

—Pues sí, se llama Haycox. David Haycox, del F.B.I., Departamento del Tesoro.

—¡El cielo me proteja! Ese hombre viene a condecorarme o a llevarme a la silla eléctrica, June.

—Siempre dije que usted terminaría su vida siendo un héroe o un forajido —sonrió June alegremente—. Pero no se preocupe, porque me parece que su momento no ha llegado todavía. Ni para una cosa, ni para otra. Ese Haycox es un tipo guapo y simpático. No parece venir con esposas ni con medallas para usted. ¿No va a entrar, señor Pearson?

—Claro, encanto —Roy torció el gesto—. El día que me ejecuten, sería usted capaz de adquirir butaca de primera fija para el espectáculo.

Entró, sin decir más. June le vio desaparecer tras la puerta de vidrio escarchado. Suspiró, una vez a solas, volviendo a su eterna tarea en la máquina. Pensó que los hombres a veces eran demasiado ciegos, para discutir con ellos.

Roy Pearson se detuvo ante su mesa despacho. El hombre sentado en la silla giratoria que él ocupaba habitualmente, le miró con una mueca burlona.

—Buenos días, señor Pearson —dijo con voz apacible—. ¿Sorprendido?

—Un poco —estudió el rostro firme, vigoroso del hombre del F.B.I. Era alto, atlético y joven. Su cabello era rubio, los ojos de un gris acerado—. No creí ser de interés para el Federal Bureau.

—Pues lo es. Empezó a serlo exactamente cuando se metió en la vida de Cora Stevens. Y mucho más en su muerte.

—¿Saben algo de sus asesinos?

—Sí. Hemos cogido a Bradford Durkin, falsificador y traficante de moneda. Y a varios de su pandilla.

—Eso es magnífico —Roy sonrió—. Cora Stevens será vengada, pues.

—Téngalo por seguro. Durkin ha confesado ya su ametrallamiento. Está perdido. Iba él en el coche, con otro tipo de su pandilla. Vigilaban a Cora, y al verle a usted, sospecharon como ella, que era uno del F.B.I. Su lucha con Gordon, les acabó de persuadir. Por eso les siguieron, disparando en la calle que les fue más propicia, cuando cruzaron la zona más desierta del Latin Quarter.

—Muy bien. Le agradezco su atención al venir a comunicármelo.

—No ha sido solo por eso, señor Pearson —el federal hizo girar el asiento, y se puso en pie—. Entre Los amigos de Durkin, hay uno a quién no hemos podido cazar, pero detrás del cual andamos muy de cerca.

—¿Sí? —Roy hizo un gesto sarcástico—. ¿Temen una *vendetta* al estilo siciliano, sobre mi persona, si ese hombre llega a localizarme antes de ser apresado?

—Podría ocurrir, pero no lo creo probable. Bastante tendrá con ocultarse de nosotros. Solamente pensé que le interesaría saber de quién se trata. Es un hombre sumamente peligroso, que ha utilizado varios nombres como estafador internacional, falsificador y todo eso. Antes fue actor de variedades. Imitaba voces y se caracterizaba de las más variadas formas. Su nombre auténtico es el de Víctor Fletcher.

—Víctor Fletcher… Ese nombre me suena de algo, pero no acierto a concretarlo… —de pronto dio un respingo—. ¡Espere! ¿Ha dicho… *falsificador, actor e imitador de voces*?

—Eso dije —Haycox, el federal, sonrió, mirándole muy fijo—. Empieza a entender, ¿eh?

—Sí… Pero, ¿cómo sabe usted que yo me intereso por alguien así?

—He hablado con cierto personal bancario, con los empleados de algunos hoteles… Usted me intereso mucho en cuanto me dijeron que se relacionaba con Cora Stevenz, y quise saber *por qué*. El sargento me contó algo. Esa gente a quién he interrogado durante la mañana y todo lo demás. Cuando he sabido por el propio Durkin que Fletcher se había aliado últimamente con él, y que se interesó en cierta ocasión por Cora Stevenz, hace cosa de un par de semanas, en que él llegó del extranjero con pasaporte falso, juzgué importante hacérselo saber. Fletcher podría ser el hombre que usted busca.

—Sí, claro que podría serlo. Mi corazón me dice que *es*. Pero vuelve la pregunta de siempre: ¿Por qué?

—Ese por qué es, tal vez, lo que usted debe de encontrar. Nos ha ayudado mucho, Pearson. Ahora es justo que le ayudara yo un poco —se encaminó hacia la puerta. Detúvose ante Roy, y le estrechó la mano con

calor—. Le avisaré en cuanto le echemos la mano encima. Creo que es cosa de poco tiempo. Tal vez de horas...

—Gracias otra vez, inspector Haycox.

El federal abandonó el despacho. Roy Pearson se quedó solo, pensativo, plantado en medio de la oficina. Meditaba, con la frente surcada de hondos pliegues.

—Víctor Fletcher... —repetía como obsesionado—. Víctor Fletcher, sí... pero ¿por qué?

Permaneció así largo tiempo, sumido en sus reflexiones. El fantasma parecía cobrar de súbito forma. Aun después de muerta, Cora Stevens parecía haberle hablado. Le enviaba su informe desde el reino de las sombras.

Le sacó de su abstracción la entrada de June Burke, su secretaria. La miró, como si no la viese. Pero le alarmó su expresión temerosa, su propia celeridad en entrar, sin llamar siquiera, contra su costumbre.

—Señor Pearson... —llamó con un hilo de voz—. ¡Por favor, señor Pearson!

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —Roy alzó hacia ella sus ojos—. ¿Qué le pasa ahora, June?

—¡El sargento Garrett está ahí abajo, con un coche lleno de agentes! —silabeó ella, excitada—. Lo he visto por la ventana. ¡Y ese sí que parece venir con las esposas para usted, jefe!

—¿Se ha vuelto loca, criatura? No tiene motivo para ello. Y ahora, menos que nunca. Tal vez sean grandes noticias las que venga a comunicarme...

June movió dubitativamente la cabeza. Momentos más tarde, en la oficina del agente teatral Roy Pearson, entraba un alud de hombres de Homicidios, con el sargento Garrett al frente. Roy les miró con una sonrisa. Pero la sonrisa se eclipsó en cuanto el policía empezó a hablar:

—Roy Pearson, le advierto que todo cuanto haga o diga a partir de este momento, podrá ser utilizado en contra suya. Cumplida esta leal advertencia que marca la ley, le arresto, acusado del asesinato de Lorelei Burton. Y posiblemente del de su esposa Milly Pearson. Pero si le condenan por lo de Lorelei, será suficiente para llevarle directamente a la silla eléctrica, Pearson.

June Burke rompió a llorar, alejándose a la carrera.

Roy, en su perplejidad, la oyó balbucir roncamente:

—¿Lo ve, jefe, lo ve? ¡Tenía yo razón... tenía yo razón...!

Todavía no había despegado Roy los labios cuando se cerraron las esposas en torno a sus muñecas.

Capítulo IX
LA PIEZA

El cadáver de Lorelei Burton había sido hallado en la bahía, envuelto en un hule que se enrollaba en torno suyo. Vestía aún las ropas de la noche en que desapareciera, con excepción de la blusa roja. Ahora se comprendía cómo se llenó esta de sangre.

Un objeto contundente, posiblemente el mismo que desvaneció a Roy, la había hundido el cráneo de pelo platinado, y después, no contentos con eso, habíanse cebado, machacándola el rostro y diversas partes del cuerpo. No resultaba un espectáculo agradable, ni era fácil identificarla.

Roy Pearson, muy pálido, se apartó del cuerpo tendido en la Morgue, y sintió náuseas después. A su lado, implacable, machacó el sargento Garrett:

—Así la arrojó a la bahía, Pearson. Ha debido de sufrir mucho mientras no aparecía, pero finalmente apareció. Cometió muchos errores, como fue no borrar su huella de la ventana. Comprobé las suyas, y eran iguales a la huella sangrienta. Además, aquel zapato rojo le perdió. Encontramos a su pareja en el mismo Fisherman's Wharf, donde arrojó el cuerpo al agua. Un pescador dio con él cerca de la Zona de Libre Tránsito. Nos lo entregó. Es la pareja exacta del suyo, Pearson. También hizo mal en no desprenderse del «No me olvides» que le hemos encontrado encima. Ahora tengo el caso completo contra usted. Con la multa a su coche, aparcado frente a la vivienda de Lorelei, sus huellas en las barandas metálicas de la escalera de emergencia, y todo lo demás, puedo asegurarle que va a tostarse en la silla muy pronto, confiese o no su delito, Pearson.

—Eso es un disparate, y usted lo sabe, sargento. No maté a Lorelei ni le causé el menor daño. Fui atacado y, durante mi inconsciencia, se la llevaron. Sin duda la mataron allí mismo, trasladándola luego a Fisherman's Wharf. Se le cayó el zapato en la calleja posterior, la cadenita en la escalera de incendios. Yo toqué su blusa roja, y manché así la ventana. ¿No está todo claro?

—No con esa descripción de los hechos. Ha urdido un relato fantástico, en el que el tipo enmascarado resulta un poco menos que novelesco. Ningún jurado le creerá esa historia.

—Sargento, le repito que es la verdad. Seguía la pista de los que mintieron para hundir mi vida con Milly...

—Sí. Lo que hizo fue vengarse de los testigos que le dañaron. Y su odio hacia Milly, a quién seguramente sabía ya heredera de una fortuna que, de ese modo, perdía definitivamente, le llevó a matarla. Lo confirma su posterior acoso a Cora Stevens, a quién de no matar Durkin, tal vez usted

mismo la hubiese estrangulado. Y anteriormente, buscando peleas en un hotel de Sausalito, y amenazando a una pobre telefonista. Su divorcio le ha convertido en un ser enfermizo y violento, Pearson, no en el eterno buscador de una supuesta verdad, como usted pretendía. No me engañó nunca. Pero necesitaba esperar a la prueba decisiva, a la pieza final de mi rompecabezas para caer sobre usted. Esa pieza, era el cadáver de Lorelei. En cuanto supe que había desaparecido, ordené su búsqueda, hice descender hombres-rana a la bahía... y ahí tiene la solución, la pieza decisiva en el cuadro...

Roy bostezó irritado:

—Me aburre usted, sargento. ¿No se le ocurren otras cosas más divertidas?

—Su cinismo terminará cuando vaya camino de la silla eléctrica. Su vida entera está ahora teñida de sangre, Pearson. Parece que el rojo le ha perseguido. Desde la blusa y los zapatos de Lorelei Burton, hasta la sangre que empapó sus manos, y el canapé junto al cual mató a su esposa, llevado de su odio por la pérdida de esa fortuna de millones de dólares...

Roy frunció el ceño. No le impresionaban las palabras grandilocuentes del sargento. Pero por un momento, le había parecido oír algo extraño en ellas. Luego, esa impresión se borró. Siguió adelante, por la fría galería de la Morgue californiana, con los dos guardias a los lados, y el sargento junto a él.

Detrás de ellos, la puerta metálica del depósito de cadáveres, se cerró con un chasquido frío, acerado. Allí se quedaba, en la gélida cámara, el cuerpo sin vida de Lorelei Burton, con su rostro destrozado por un sádico criminal. Tal vez por el mismo que oprimió el cuello de Milly con una bufanda de seda...

* * *

La puerta del fondo del corredor se abrió. Sonaron los huecos pasos del guardián, acercándose a la celda que ocupaba Roy. Su sombra alta, vestida de azul oscuro, surgió al otro lado de los barrotes.

—Tiene visita, Pearson —dijo gravemente.

—¿Visita? ¿Quién es? —inquirió Roy, pensativo.

—Una mujer y su abogado. Vamos, acompáñeme.

Roy se incorporó sin prisas. Marchó detrás del agente. Le condujeron por largos pasillos desiertos, donde los pasos resonaban sordamente. Entraron en una sala de visitas, partida por una reja en su centro.

Allí estaba Graynes, su abogado. Roy se dijo que lo último que haría en el mundo sería encargarle su caso a Graynes. Eso, e ir directamente a la silla, era todo uno.

Pero le agradó la presencia de Jessie Mac Coy junto al letrado. Avanzó con mayor premura.

—¡Jessie! —exclamó—. Jessie, ¿has venido a verme, a pesar de lo que dicen de mí?

—Claro, Roy —sonrió ella—. Sigo creyendo en ti. He hablado con tu secretaria, la señorita Burke, y también cree en ti ciegamente. No estás solo, Roy. Ella me entrevistó con Graynes, para que viniéramos a ocuparnos de tu caso.

—Sí, Pearson, no tema. Saldrá libre de aquí muy pronto —le alentó Graynes.

—Seguro —Roy hizo una mueca, sin quererle ofender—. Jessie, yo no hice lo que...

—Claro que no. No necesitas jurarlo con nosotros. Yo temía que esto llegase a ocurrir. He hablado con el sargento, pero no quiere saber nada de tu caso...

—Es un maldito tozudo, pero no es tonto. Lástima que se haya encerrado en esa obstinada idea sobre mi culpabilidad. Graynes, quiero que haga algo por mí.

—Naturalmente —aseguró fogosamente el abogado—. Extenderemos una petición de «habeas corpus» y...

—No conseguiremos nada, déjese de tonterías, Graynes. Quiero que vaya a ver al inspector Haycox, del F.B.I. Dígale, de mi parte, que solamente confío en él para salir de este lío. Que me encuentre a Víctor Fletcher, sea como sea...

—¿A quién has dicho, Roy? —saltó vivaz, la voz de Jessie.

Roy la miró, sorprendido de su tono. Observó que respiraba agitadamente.

—He dicho Víctor Fletcher. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Conoces a alguien de ese nombre?

—Sí —Jessie hizo un gesto vago—. Pero debe ser coincidencia. No puede ser el mismo, naturalmente.

—¿A quién te refieres tú, Jessie? —el tono de Roy se hizo apremiante —. Cualquier dato, por fantástico que sea, puede ser importante, Jessie.

—Vamos, tienen un minuto más —avisó el guardia, monocorde—. Terminen pronto.

Roy le miró irritado, mientras Jessie permanecía como petrificada, meditando.

El joven la apremió:

—¡Jessie, dímelo! ¿A quién conoces tú con ese nombre?

—No le conozco en realidad, Roy —contestó ella—. Pero oí hablar de un Víctor Fletcher... Era el hombre que se casó con mi hermana Helen, un mes antes del accidente aéreo.

—¡Cielos! ¿Helen se casó?

—Sí. El viaje a Europa era como una luna de miel algo retrasada. Entonces murió en el accidente de aviación... Fue horrible, Roy.

—Ya lo sé. Dime una cosa: ¿Iba su marido en ese mismo avión?

—No. Él se quedó, porque tema que tramitar unas cuestiones urgentes de última hora. Anuló su pasaje. Helen iba a anular también el suyo, pero él la convenció para que fuese a Berlín y le esperase, para no inquietar a tío Herman. Helen tomó el aparato que más tarde se haría añicos en el aire.

La faz de Roy, pálida y tensa, asentía mientras ella hablaba. Insistió:

—Jessie… ¿Seguro que se llamaba Víctor Fletcher?

—Sí, Roy. Helen trabajaba en una industria de Pennsylvania y nos comunicó su boda con él. Esperábamos conocerle a su regreso de Europa. Pero muerta Helen, no hemos vuelto a saber nada de Víctor, tras su carta y sus telegramas de condolencia.

—Graynes, dígale todo eso a Haycox, el federal —dijo vivamente Roy —. Añádale que puede ser muy importante. Que es absolutamente preciso hallar a Víctor Fletcher…

—Roy, ¿tú crees que se trata de la misma persona?

—No lo sé, Jessie. Lo que sé es que de todas las grandes coincidencias que pueden darse en el mundo, esta es una de las mayores, si realmente lo fuese.

—Su tiempo terminó —anunció el guardián, ajeno a todas sus urgencias, excitaciones y esperanzas—. Vamos, Pearson. Es hora de volver a la celda.

—Ya voy. ¿Recordará todo, Graynes?

—Sí, sí, descuide. Pero no sé si ese Haycox me atenderá o no…

—Le atenderá. Esté bien seguro de que le atenderá —dijo, ya con el guardián a su lado de regreso a la celda—. ¡Hasta pronto, Jessie! Si lo que empiezo a pensar es cierto, pronto nos reuniremos de nuevo… fuera de este maldito lugar.

—Sí, Roy… —susurró la muchacha, agitando su mano tras la verja de red metálica.

Pearson se perdió tras varias puertas enrejadas, de regreso a su celda.

Pero la llama de la esperanza latía ya dentro de él. Por fin había hallado una pieza inesperada para ajustar el rompecabezas. Y este cobraba formas inesperadas.

Solamente quedaba una zona oscura, unas cuantas piezas que no encajaban. Tendría que pensar sobre ellos. Y si algo tenía a su disposición en la celda del Departamento Central, donde provisionalmente se hallaba, hasta que el juez dictara su traslado a la prisión en espera del proceso correspondiente, era precisamente tiempo. Tiempo para todo…

* * *

Como en una proyección cinematográfica mental, los episodios iban sucediéndose en su mente.

La oscuridad de la celda, con las luces crudas del pasillo exterior, ayudaba a pensar. Tendido en la litera, boca arriba, esforzaba su mente, para reproducir los hechos, desde el momento justo en que recibiera la citación judicial, hasta aquel en que viera ante sus ojos el cuerpo esbelto y hermoso de Lorelei, tronchado por la muerte.

Había podido hojear, quebrantando los reglamentos, el diario de la noche. El guardián se lo permitió, en forma fugaz. Su arresto, su caso, ocupaba la página de sucesos casi en su totalidad. Otros sucesos menos importantes, como un robo en Bayshore, un crimen vulgar y sórdido en Nada County, una jovencita fugada de su casa en San José, seducida por un ignorado Casanova, y un incendio en Twin Peaks, eran relegados a segundo término, ante la actualidad del «Caso Pearson», como le llamaban los reporteros de sucesos. Incluso la muerte a balazos de Cora Stevens, tenía una importancia menor en las noticias locales.

El caso estaba feo, aunque su optimismo habitual pretendiera persuadirle de lo contrario.

Seguía la película en su mente. Escena a escena, momento a momento. El juicio, el divorcio... Su visita a Sausalito, sus pesquisas en el banco... la peca en la mano derecha del falsificador... Alameda y el «Hotel Bahía»... Lorelei y su melena rubia, su boca roja e insinuante... El apartamento, la blusa roja, el ataque por sorpresa... El despertar, la desaparición de Lorelei y del asaltante... el rastro de sangre, la cadenita de oro... el zapato igual al otro zapato rojo hallado en el muelle. Milly, asesinada, estrangulada con un pañuelo de seda... La policía; Jessie, con su bonito traje rojo y negro, sus zapatos, también rojos... El canapé rojo... Terminaría obsesionado. Como dijera el sargento, el rojo parecía presidir su vida en las últimas horas...

Luego, Cora Stevens, su «strip-tease», la lucha con Gordon, el truhan, el rapto audaz de la joven, un ametrallamiento feroz... sangre goteando sobre él. Roja, ardiente... Y ahora, en la Morgue, de nuevo Lorelei. Hallada al fin. Muerta, bañada en el rojo siniestro de la sangre. Dentro de un hule, con piedras, en el fondo de la bahía...

Finalmente, Jessie diciendo conocer a un Víctor Fletcher. Un hombre que se quedó en tierra. Un avión que estalló en el aire. Dos millones de dólares más para la superviviente. Para Jessie Mac Coy, la buena chica dulce y sensible, tierna y comprensiva...

Todas las Mac Coy se parecían en eso. En su suave carácter, en su ternura y sensibilidad. En su bonita figura, en su rostro encantador, en sus gustos, en su propia sencillez, en sus ojos claros y bellos...

Jessie le recordaba tanto a Milly... ¿Por qué todo el mundo había de recordarle siempre a Milly? Su mujer era su obsesión, su pesadilla. No podía olvidarla.

Y de pronto, un fragmento de la película, saltó a primer término. Se

agigantó, hasta verlo todo en primer plano. Un escalofrío sacudió su cuerpo. Era como si una corriente de diez mil voltios le pasara por el cuerpo.

Brincó en la litera. Se lanzó a los barrotes, aullando. Golpeó frenéticamente en ellos, provocando un caos en el silencio de las celdas. Sonaron pasos, avanzando precipitadamente por el corredor.

—¿Es que se ha vuelto loco? —aulló el guardián, frenético—. ¡Calle de una vez, Pearson, o tendré que usar con usted la manguera, y no quisiera hacerlo! ¡A dormir! Sin duda tuvo una pesadilla, ¿eh?

—¡No, no! —gritó Roy—. ¡Llame al sargento Garrett, llame al sargento en el acto!

—Mire, Pearson, le llamaré mañana si quiere. Pero no ahora, ¿no le parece? Es hora de dormir y…

—¡Guardián, *tiene* que llamar al sargento! ¡Una vida va en ello! Además… *voy a hacer confesión.* Y no la haré mañana, sino esta noche. *¡Ahora mismo!*

El guardián, perplejo, se rascó la cabeza. Malhumorado, agitó sus brazos.

—¡Está bien, maldito sea! —rezongó—. ¡Voy a llamar al sargento! ¡Pero si todo esto es una burla, Pearson, le haré imposible la vida todas las horas que le queden por estar aquí!

Se alejó con paso brusco, rápido y muy largo. Roy suspiró, sudoroso, apoyándose en los barrotes. Musitó palabras, como en una oración:

—Dios bendito, haz que me crean. ¡Que admitan mi palabra como buena… o tal vez no podamos salvar esa vida en peligro! Tengo que hablar… hablar hasta convencerles. Aunque sé que va a ser muy difícil…

Luego, lentamente, volvió a la litera. Pero no se echó. Volvió a pensar en todo. Ahora, las cosas salían de distinta forma, con un significado diferente. Como si con un mismo argumento, se hubiera realizado otra película diametralmente opuesta.

Y todo por una pieza. Una simple pieza más, totalmente inesperada. Una pieza vital, que había creado un nuevo rompecabezas. Pero ahora, todas las demás piezas encajaban en el conjunto de forma prodigiosa y estremecedora a la vez…

Capítulo X
ROJO

—Tendrá que empezar su confesión sin la presencia del federal Haycox —observó el sargento Garrett con los ojos cargados de sueño, bostezando ruidosamente al sentarse frente a Roy—. Le he buscado con el teléfono por todas partes, y no está en sitio alguno. ¿Tan importante es su presencia para lo que va a contarme?

—Sí, era muy importante —Roy suspiró—. Pero es igual. Empezaré sin él.

—Comience, pues —hizo el policía una seña al taquígrafo, dispuesto ya a tomar la declaración con su máquina pulsadora de taquigrafía—. No omita nada, Pearson.

—No pienso omitirlo. Todo cuanto yo sé, va a oírlo ahora, sargento…

Empezó a hablar. El interés de Garret pronto se alteró. Sorprendido, miró a Roy Pearson y alzó una mano, frenándole.

—¡Alto ahí, Pearson! —farfulló—. ¿Es que va a colocarme otro cuento chino?

—No, sargento. Esta no es una teoría ni una historia falseada. Es la verdad. Toda la verdad, desde el principio al fin. Y la va a poder comprobar muy pronto. Solo le pido algo, fe. Tenga fe en mí, siquiera sea por una hora. Luego, si lo que le confieso ahora no puede demostrarse, no vacilaré en admitir que el culpable soy yo y que he pretendido engañarle. ¿Le basta eso como garantía?

Garrett vaciló. Pero volvió a sentarse, con la vista fija en Roy. Finalmente, dijo:

—Siga… Adelante, Pearson. Tendré fe… justamente hasta que pueda demostrarlo. En otro caso, no pararé hasta verle tostar en la silla. Vamos allá, no pierda tiempo.

Roy no perdió el tiempo. Casi una hora más tarde, el sargento le miraba, con expresión atónita, con ojos dilatados de estupor. Se lanzó al teléfono, pidiendo inmediatamente conferencia interurbana de gran urgencia. Cuando la hubo obtenido, habló rápidamente, con monosílabos casi.

Al colgar, miró a Pearson, que sonreía serenamente en su asiento. El sueño había huido por completo del rostro ancho y rudo del sargento.

—Ya está hecho, Pearson. Dentro de poco, estarán en camino hacia aquí. De eso depende gran parte de sus posibilidades. Esperemos que tenga razón…

—Jamás estuve más seguro de nada en mi vida —sonrió Roy,

cruzándose de brazos—. Pero dense prisa. Una vida puede peligrar en estos momentos…

—No tema —el sargento volvió a levantar el teléfono. Pidió a un agente y le dio unas señas, añadiendo velozmente—: Vaya allá, y vigile estrechamente. No deje entrar en la casa a nadie. Bajo su responsabilidad absoluta, recuérdelo.

Colgó de nuevo, mirando a Roy.

—¿Satisfecho así?

—Bastante más, gracias —le miró a su vez Pearson con simpatía—. Después de todo, no es tan obstinado como yo creía. Su inteligencia puede a su tozudez.

—Veremos si he sido inteligente o me he portado como un imbécil, creyendo su historia… —rezongó el policía, sirviéndose *whisky* en un vaso.

Roy no contestó. También él lo deseaba así… o su vida se perdería irremisiblemente…

* * *

La prueba había pasado ya. Garrett y Pearson se miraron en silencio, mientras dos personas de edad madura y aspecto humilde, se alejaban por el corredor, sollozando, el uno apoyado en el otro. El hombre y la mujer se perdieron en un recodo. Sus sollozos también.

—Dios mío… —el sargento, muy pálido, apretó sus puños, hasta que los nudillos parecieron de marfil—. ¡Es lo más cobarde, monstruoso y cruel que jamás oí…!

—Era muy difícil demostrarlo. Fue una corazonada, sargento. Lo recordé en forma casual, lo ligué con los demás hechos… y salió esto. Un pozo hediendo y horrible. La maldad humana tiene a veces límites insospechados.

—¿Cree que hay peligro inminente?

—No lo sé —la voz de Roy era ronca—. Me sentiría más tranquilo si yo mismo acudiera allí…

—Está bien, váyase —Garrett inclinó la cabeza—. Está libre, Pearson. Yo iré tras usted, enseguida, con mis hombres. Pondremos cerco al lugar, por si va allí a completar la obra.

—¡Gracias, sargento! —le palmeó con fuerza—. Sabía que acabaría creyendo en mí. Lo malo es que hasta esta noche no tuve una idea exacta de lo sucedido. Y entonces, lo inexplicable tuvo su explicación. ¡Le espero allí, Garrett!

Corrió, como si tuviera alas en los pies. Un agente le firmó la salida. Iba a devolverle sus objetos personales, pero Roy lo rechazó.

—Volveré más tarde —dijo—. Ahora tengo prisa.

Salió a la calle. Aún era de noche, aunque no tardaría mucho en amanecer. Soplaba un aire ligeramente frío y húmedo. Corrió por el asfalto

como un loco, hasta que logró encontrar un taxi, en milagroso vagabundeo por la ciudad desierta.

Le dio la dirección. Iba nervioso, excitado. Le pareció que corría demasiado poco. Tal vez no sucediera nada y su alarma fuese infundada. Pero alguien, en la ciudad, sabía en estos momentos que el cerco se estrechaba, que tenía las horas contadas. Y las quería utilizar. Para completar su audaz y cruel jugada, tenía que cometer otro crimen. Uno más. Y la muerte volvería a vestir sedas. Sedas siniestras, ensangrentadas…

Apremió al taxista. Solamente se había llevado su dinero en el bolsillo. Mostró un billete de cinco dólares, y el chófer aceleró cuanto su instinto de observación le permitía.

Voló materialmente sobre las calles húmedas, levemente charoladas y brillantes. Era como ir hacia el fin. Un final vertiginoso y tenebroso, situado a mil años de un principio.

Pearson creyó que el viaje duraba una eternidad. Pero, por fin, se detuvo el coche ante el edificio. Saltó a tierra, pagó la carrera y corrió hacia la casa.

Cuando pisaba el umbral, entre dos setos altos, una sombra brotó de la oscuridad. Un arma le encañonó, maligna, y una voz imperiosa ordenó:

—¡Alto, amigo! No se mueva de ahí o disparo ¿Quién es usted y a dónde va con esa prisa?

Roy respiró aliviado al ver un uniforme. Era el agente enviado por Garrett.

—Vengo de parte de Garrett, agente —refirió—. Vamos a comprobar si todo va bien.

—Ni lo piense, amigo. Mis órdenes son… ¡Hola! ¿No es usted Roy Pearson, el prisionero? ¡No se mueva, o hago fuego!

Roy maldijo esa contingencia. Ni él ni Garrett pensaron en ella. Angustiado, miró al edificio, deseando que todo fuera bien. Insistió:

—Agente, no haga locuras. Estoy en libertad. El sargento sabe ahora la verdad y estará aquí en breve, con hombres para formar un cerco. Hay que proteger a los ocupantes del apartamento que le ha dicho y…

—Eso lo veremos enseguida —el agente llevó su mano al bolsillo—. Le voy a esposar. Trate de resistirse, y le pego un tiro…

Roy, furioso, comprendió que no tenía salida, por culpa de aquel celoso agente. Vio brillar el acero en su mano, cuando extrajo las odiosas piezas gemelas. Avanzó, siempre bajo la amenaza del revólver, para ser esposado.

En aquel preciso instante, un grito prolongado, terrible, llegó de la altura. El agente alzó los ojos hacia la hilera de ventanas en sombras. Roy aprovechó el momento vertiginosamente.

—¡Lo siento, amigo! —rugió, soltándole un directo terrible al policía. Le derribó por tierra, y el revólver de reglamento escapó de su mano. Inclinóse, lo tomó con celeridad, mientras el guardia buscaba su silbato

para provocar la alarma, y revólver en mano, corrió al interior de la casa. No esperó al ascensor siquiera.

Lanzóse escaleras arriba, como un huracán. Subió pisos y pisos, hasta llegar a aquel donde sonara el grito. De nuevo se repitió el chillido. Roy abalanzóse sobre una puerta determinada. Pero antes de llegar a ella, esta se abrió violentamente.

Surgió alguien. Se quedó como petrificado en el corredor, frente a Roy Pearson, que le contempló con dura sonrisa.

—Hola —dijo con frialdad—. Volvemos a encontrarnos, ¿eh?

—¡Pearson! —chilló la figura inmovilizada en el corredor—. ¡No es posible!

—Lo es. Ahora han cambiado mucho las cosas. El juego ha terminado... ¡para todos!

Entonces, se abalanzó sobre Pearson. En su mano centelleó algo. Era un cuchillo o navaja automática, de las que salen apretando el mango. La lengua de acero apuntaba hacia él.

Roy Pearson no tuvo piedad. Pudo haber tirado a desarmar la mano que se disponía a herir.

Pero ante él, surgió la visión de Milly, estrangulada... la muchacha muerta en la bahía... un avión estallando en pedazos por los aires.

Apretó el gatillo. La bala se hincó en el corazón de su adversario. Este reculó, encogiéndose con un enorme estupor en los ojos dilatados y claros. A pesar de su traje y de su peluca de cabello negro, ondulado, no era difícil reconocer a quién ocultaba aquel disfraz masculino.

No necesitó disparar más veces. Una bala había bastado. A Roy le servía de algo haber aprendido a tirar en Corea.

Cayó la figura humana en medio del pasillo, con una contracción de agonía en el rostro. Quedó inmóvil, inerte, tras un último espasmo...

Detrás de la casa, sonaron disparos y silbatos de la policía. Pero a Roy, eso ya no le interesaba. Saltó por encima de la mujer muerta. Penetró en el apartamento.

Un cuerpo pelirrojo, en tierra, mostraba una herida en la nuca. Las bonitas piernas aparecían al aire, enfundadas en nylon. Se inclinó. Carol, la doncella, no estaba muerta. Solamente desvanecida.

Roy penetró como una tromba en el interior.

Abalanzóse sobre la figura que yacía en el lecho. La media de nylon ceñida a su garganta, se hincaba en la carne. Roy apresuróse a aflojarla. Contempló el rostro amoratado de Jessie Mac Coy.

Había llegado tarde. El crimen parecía consumado de nuevo.

Desalentado, se encaminó a la ventana, la abrió de golpe. El aire entró a raudales en la estancia. Se volvió hacia Jessie. El corazón le dio un vuelco. ¡No estaba muerta! ¡Respiraba aún, su rostro perdía el tono morado!

Corrió al teléfono, marcó el número de urgencia, pidió una ambulancia, a vida o muerte…

Luego, no quedándole más que hacer, se sentó junto a Jessie, tratando de prestarle los primeros auxilios contra la asfixia casi total que padecía.

Así le encontraron el sargento Garrett y el inspector federal Haycox. Roy les miró, mientras abajo sonaba la sirena de la ambulancia, deteniéndose.

—¿Concluido todo, inspector? —interrogó al federal.

El joven asintió, con una sonrisa. Se volvió, e hizo un gesto a alguien que permanecía en el vestíbulo. Entraron dos hombres de paisano, trayendo consigo a un hombre herido.

Era de cabello castaño, alto y atlético. Sus ojos grises, similares a los de Roy. Pero no se parecían entre sí. Roy clavó sus ojos en la mano derecha del hombre. Iba esposado. Sobre el dorso, entre los dedos índice y corazón, había un lunar o peca.

Lentamente, miró a la cara al prisionero. Sangraba abundantemente de un brazo, estaba pálido y derrotado. Los ojos del hombre reflejaron odio, ira, desesperación.

—Víctor Fletcher —dijo Roy lentamente, con voz ronca—. El marido de Helen Mac Coy… Asesino de todo un avión de pasajeros, con una bomba en una maleta que iba a bordo… Asesino de Milly Mac Coy… de una infortunada muchacha arrojada a la bahía… y esta noche, asesino frustrado de su última víctima, Jessie Mac Coy…

—Sí, Pearson —asintió el federal—. Cayó, tal como yo esperaba. Lo que nunca pensé es que tuviera una mujer cómplice, ágil como una pantera, que, vestida de hombre, había entrado ya en esta casa, fingiéndose huésped. Ella, sabiendo vigilada la casa, descargaría el golpe sobre Jessie. Debió de llamar con algún pretexto, y luego atacó a la doncella y a Jessie. ¿Cómo lo supo usted, Pearson?

—¿Cómo lo supe todo? Por intuición. Y porque hubo algo que me dio la luz: el color rojo, inspector…

—No le entiendo —se sorprendió Haycox.

—Es difícil de entender, hasta que no se ve claro. Entonces es sencillo.

—Mató usted a la chica, ¿eh, Pearson? —rezongó Garrett.

—Sí. Podría decir que no tuve otro remedio. Pero mentiría. La maté porque lo había prometido, si llegaba a verme ante ella de nuevo. Por Milly, por la pobre joven de la bahía…

—¿Quién era realmente esa mujer, Pearson? —inquirió el federal—. Me ha dicho el sargento que se hacía llamar Lorelei Burton…

—Sí, ese nombre adoptó en su nueva vida. Pero era la que fue siempre: *Helen Mac Coy, la tercera heredera de la fabulosa fortuna de Herman Mac Coy.*

* * *

—Helen… ¡Oh, Roy, eso es abominable, espantoso! —la convaleciente Jessie le contempló con profundo horror, desde su lecho en el hospital—. De… de no haber visto la fotografía de… de su cadáver en el corredor de mi casa…

—Jessie, yo sé que eres fuerte y soportarás el golpe. Por eso te revelo la verdad. Helen fue siempre el bicho malo de los Mac Coy, ¿verdad?

—Sí. Yo la oculté siempre. Pero era ambiciosa, egoísta, dura. Se fue a Pennsylvania a trabajar, por no estar a nuestro lado. Solamente que cuando una muere, se es más piadoso con su recuerdo, y nunca hablamos mal de ella.

—Helen no murió nunca. Supo encontrar en la vida a su perfecta media naranja. Víctor Fletcher, desaprensivo, audaz y astuto. Gran falsificador, exactor y estafador de altos vuelos. Juntos, harían grandes cosas. A Fletcher no debió costarle mucho convencerla. Halló terreno abonado. Helen conocía por su tío Herman las cláusulas del testamento. Entonces, Fletcher planea algo genial, complicadísimo y sutil, que tiene que darles tres millones de dólares. Primer paso: fingir la muerte de Helen. No vacilan los dos monstruos, en volar un avión con todo el personal a bordo. Han sacado billete para Helen Mac Coy, pero a última hora, Helen tiene quien vaya en su lugar y declare ser Helen Mac Coy, posiblemente una mujer desaprensiva, amiga de Fletcher, que ignora a lo que se presta. Pero mueren todos, por la bomba que lleva en su equipaje, puesta por Fletcher, y Helen Mac Coy muere «oficialmente». Paso siguiente, provocar la muerte de Herman. Este ataque cerebral repentino, creo que fue cosa de la mano de Fletcher. Le visitaría como viudo de su sobrina Helen, y le administró algún veneno de acción retardada que provocó la afección cerebral. Muere Herman. Ya son herederas «las sobrinas del magnate». Recuerda que Herman no especifica nombres, pues solo tenía tres sobrinas y quedan dos. Tampoco indica número, pues el testamento es anterior al final supuesto de Helen.

»Llega la segunda parte: acabar con Milly y con Jessie, antes de que sepa nadie el testamento de Herman. Lo de Milly se planea cuidadosamente. Helen, con el pelo de color platino, cambiada en su aspecto y ademanes, se presenta como Lorelei Burton, una vulgar corista. Fletcher busca a otro compinche, Durkin, a quién no oculta que viene de Europa, precisamente días después de morir Herman Mac Coy, para montar su farsa genial: mis adulterios «prefabricados». Con Cora, a quién conoce a través de Durkin, con la propia Helen, como Lorelei, en un alarde de audacia y de cinismo, y otras de menor cuantía, derrochando algún dinero para pagar bien a los falsos testigos, nos separan. Es conveniente que yo esté divorciado de Milly, para que su herencia no pase a mí, como

marido. De haber tenido hijos, no dudo que también hubieran intentado matarles. Así, se llega a nuestra separación. Incluso puede ayudarles, para ofrecerme a mí como culpable ideal a la policía. Fletcher interpreta mi personaje por doquier. Evoca su época de actor con bastante ingenio. Los detalles de la cuenta corriente y algunos otros, son realmente atinados y de gran efecto.

»Después… entra ya el crimen de nuevo. Milly ha de morir. Pero todo se precipita, porque de repente Milly recibe el cable de Europa, y me telefonea, para notificármelo. Empezaba a ver, sin duda, algo raro en todo aquello, y quiere cambiar impresiones conmigo. Fletcher vigila de cerca a Milly, y la sigue a mi casa. Allí entra él, fingiendo ser amigo o un agente que me busca, y estrangula a mi exmujer. Busca en su bolso, revolviéndolo, para coger el cablegrama. Pero resulta que Milly lo ha dejado en casa. No puede entrar en su apartamento, y acude al de Helen, a referírselo.

»Primera sorpresa para Fletcher. La supuesta Lorelei, viene acompañada. Su llavero en forma de campanillas, está ideado con el fin de advertirle si no viene sola. Él se oculta. Entonces, entro yo. Lorelei se despoja de sus prendas, para distraerme, y avisa en voz alta mi nombre. Yo cruzo el umbral, y soy derribado. Entonces, la fértil imaginación de Fletcher planea otro golpe genial: borrar del mapa a Lorelei, que empieza a ser peligrosa como tal personaje. Helen está de acuerdo. Se corta alguna vena sin peligro, pero sangrando en abundancia, y empapa su blusa, mancha el suelo, y todo eso. Se arranca la cadenita y la tira en la escalera de incendios. En la calle, deja un zapato. Rastros fáciles, burdos, que yo seguiré, muy convencido de mis dotes detectivescas. Todo sugiere el crimen.

»Fletcher, que es un rufián en todos los terrenos, ha conocido a una chica, una soñadora ingenua y torpe de San José, que trabaja en San Francisco, la engaña con promesas, y la lleva de paseo por la bahía. En algún bote o canoa, le golpea hasta matarla, destroza su rostro, y la arroja al río. Ha procurado elegir a una muchacha que es de físico similar a Helen, pelo igualmente platinado. Las ropas de Helen, y otro zapato rojo abandonado en la orilla, darán todo lo demás por añadidura. El destrozo de su faz es lo suficiente para no identificarla con precisión. Si buscan todos a Lorelei, creerán que es Lorelei, porque *quieren creerlo.*

—Es espantoso… —muy pálida, Jessie cerró sus ojos ante tanto horror.

—Sí, la más horrible historia que jamás oirás, Jessie. Lorelei, con el pelo teñido de otro color, gafas y algún detalle más, ya no es ni Helen ni Lorelei. Tiene otra personalidad. Sabe que estás tú aquí. Eres su tercera víctima, y viene a vivir aquí, en espera de su ocasión. Pero Fletcher pronto descubre, que tras la caída de Durkin, se le busca por el F.B.I., aunque no le relacionen con los Mac Coy.

»Resuelve acabar pronto contigo, y precipita sus planes. Pero ahora no es Fletcher quien descargará el golpe, sino la propia Helen, quien, como un nuevo Caín femenino, matará a su propia hermana.

—Pero ¿por qué ese baño horrible de sangre, Roy? Si ella no podía cobrar la herencia, estando muerta…

—Existe una ley, Jessie, muy interesante. Los que no pueden ser identificados en un desastre aéreo, son oficialmente «desaparecidos» por un período de varios años. Si luego reaparecen, pasan a ser oficialmente «vivos». Ella y Fletcher tendrían ya planeada su historia para justificar el retorno a la vida de Helen. Y como sería auténtica y no apócrifa, cobraría sus tres millones íntegros. Ignoro si Fletcher pensaba después en eliminarla a ella, o sería Helen quien le atacaría a él, para no repartir el dinero. Los lobos de esa especie, se muerden entre sí…

—Roy, parece todo tan increíble… Ella, mi propia hermana…

—Caín y Abel no son solamente dos seres bíblicos, que ensangrentaron ya con el crimen y la sangre fraterna las primeras páginas del libro de la Humanidad, sino que existen aún. En todos los sexos, razas y épocas. Ella era Caín…

—Aún no me has contado, Roy, cómo llegaste a sospechar todo eso. Qué dato te dio la clave e iluminó tu mente por una senda tan tortuosa.

—El pensar en que todas os parecíais, Jessie. Recordé que al ver por primera vez a Lorelei, me recordó a Milly. Por sus ojos y por su aire. Creí que era nostalgia de Milly. Pero no. Era que *se parecía*. Y luego, su afición al color rojo la perdió Es algo que también tenía Milly, con su afición a conjuntos rojos, a muebles rojos, a zapatos… Tú también, Jessie, como todas las Mac Coy, tenías esa afición al rojo. ¡Y Lorelei llevaba una blusa roja, unos zapatos rojos…! Entonces pensé: si Lorelei no ha muerto en la bahía… Helen pudo no morir en el avión.

»Hice este relato al sargento, que no creyó una palabra. Pero cuando llegaron los padres de la joven desaparecida en San José, y la reconocieron, no me cupo duda. Ni tampoco al sargento. Por pocos segundos, Jessie, evitamos una víctima: tú.

—Oh, Roy, has salvado mi vida, mi fortuna… Todo lo has hecho por mí. ¿Cómo podría pagártelo?

—Recordándome con afecto cuando vuelvas a Oregón. Como a un hermano que te quiere de veras, y desea tu felicidad. Con dinero, o sin él.

—Roy, yo… yo jamás podré quererte como a un hermano. Te amé siempre… me creo con derecho a amarte de nuevo…

—No, Jessie —sonrió Roy—. Es mejor no pensar en eso por ahora. Lo de Milly está demasiado reciente y… no sé, Jessie. Todo está muy confuso en mí. De todas maneras, no te ilusiones ni confíes demasiado en que lo nuestro sea posible. Yo… sigo queriéndote como a una hermana. Lo siento, Jessie…

—Tal vez pedía demasiado a la vida —musitó ella, amargamente—. No se puede ser millonaria y tener también el amor. Pero daría mis tres millones por ti, gustosamente.

—Yo, si tuviera diez, los hubiera dado por Milly. Te comprendo, Jessie. Pero mi sitio está en mi oficina, en mi trabajo. En el mundo del teatro, que a veces resulta menos falso que la propia vida…

—Roy… ¿Tu oficina… puede significar también June Burke?

—No sé. Ya te he dicho que todo está confuso aún. Tal vez con el tiempo… te responda a eso.

—Estoy segura de que me responderás, Roy. Me dirás que has descubierto que tu secretaria es maravillosa, y que vas a casarte con ella. Yo te felicitaré. De corazón, Roy. Pero, en el fondo, sabrás que sigo enamorada de ti.

—Y tú sabrás que sigues siendo para mí la hermanita Jessie —sonrió Roy—. Ahora, me voy a mi oficina, Jessie…

Cuando hubo salido del hospital, avanzando por entre el tráfico denso de San Francisco hacia la calle O'Farrell, musitó para sí:

—¿June Burke? No sé… El caso es que es bonita… inteligente… y me gusta… Sí, tal vez Jessie tenga razón, después de todo…

FIN




¡LLEGA!..
Una Historia
de los Tiempos
de Cristo
BEN-HUR

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 1[illegible] MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

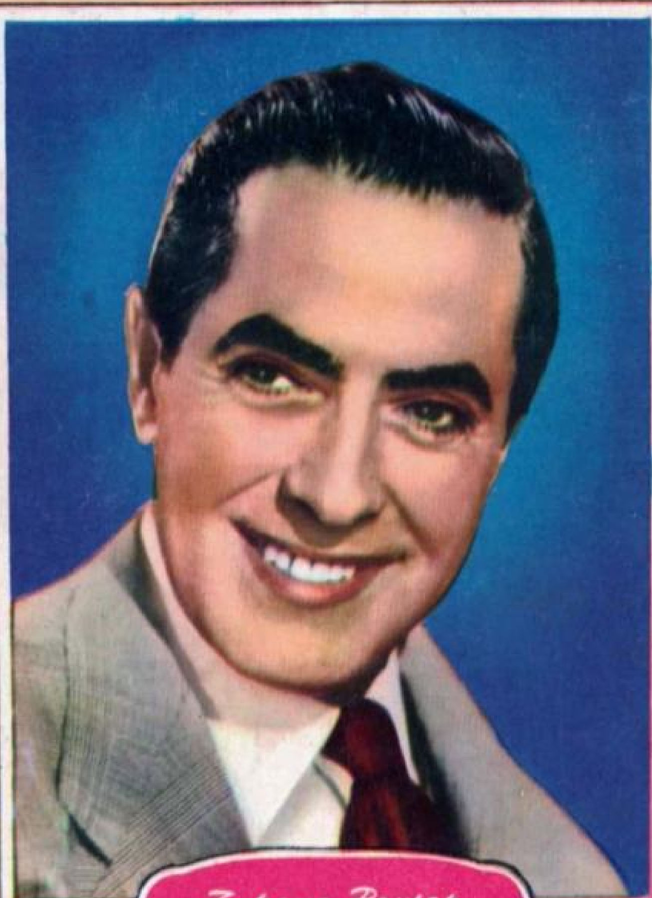
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





El tristemente desaparecido Tyrone había nacido en Cincinanntti, el día 5 de mayo de 1914, y su último film fue: "Testigo de cargo", ya que en el reparto de "Salomón y Saba" fue remplazado por Yul Brynner

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spa'